

194

La novela
TEATRAL



EMBRUJAMIENTO

Drama trágico
en tres actos,

López Pinillos (Parmeno)

Torres
1923

40 cts.

FRANCISCO
DE VILL

N.º 343
Año VIII

LA NOVELA TEATRAL

Madrid 17
Junio 1923

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUÍA

ADMINISTRACIÓN: MADRID.-CALVO ASENSIO, 3.-APARTADO 8.008.-TELÉFONO J-624

AGENTES EXCLUSIVOS PARA LA VENTA DE ESTA REVISTA:

República Argentina: **ANTONIO MANZANERA.** Independencia, 856.-Buenos Aires.
Precio del ejemplar en Buenos Aires: 30 centavos.

Guatemala: **DE LA RIVA HERMANOS.** — 9.ª Avenida Sur, n.º 8. — Guatemala C. A.

EL FOLLETIN

Revista semanal literaria lujosamente editada, cubierta
en papel cuchet a cuatro colores, profusamente ilustrada,

HA PUBLICADO ESTA SEMANA

EL ÚLTIMO MOHICANO

DE

FENIMORE COOPER

NÚMEROS PUBLICADOS

- Núm. 1.—ALEJANDRO DUMAS.— Los mil y un fantasmas.
» 2.—VICTOR HUGO.— Han de Islandia.
» 3.—CARLOS DICKENS.— Los tiempos difíciles.
» 4.—F. DOSTOIEWSKI.— Crimen y castigo.
» 5.—ALLAN POE.— Aventuras de Arturo Gordon Pym.
» 6.—ENRIQUE SIENKIEWICZ.— ¿Quo Vadis?
» 7.—IVAN TURGUENEF.— Humo.
» 8.—WALTER SCOTT.— El pirata.
» 9.—ABATE PRÉVOST.— Manón Lescaut.
» 10.—HONORATO DE BALZAC.— La piel de zapa.
» 11.—PONSON DU TERRAIL.— Las miserias de Londres.
» 12.—FENIMORE COOPER.— El último mohicano.

132 páginas.

40 cts.

1-E-603/94

R-90827



La novela **TEATRAL**

Precio: 40 pts.

EMBRUJAMIENTO

DRAMA TRÁGICO EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

J. López Pinillos (Parmeno)

PERSONAJES

ANA, 24 años. - FELISA, 50 años. - CARMEN, 18 años. - JUAN HERRERA, 46 años. - EUGENIO HERRERA, 24 años. - MATIAS, 46 años. - DON CLAUDIO, 70 años. - BRUNO, 12 años.

La acción puede desarrollarse en cualquier pueblo de España.

ACTO PRIMERO

Habitación de paso, amplia, limpiísima y alegre, en casa de Juan Herrera, pelatrín que se va convirtiendo en rico labrador. A la derecha una puertecilla da entrada al aposento que sirve de escritorio. Por dos grandes arcos acristalados abiertos en la pared del fondo, se ve un patinillo en el que hay algunas flores en arriates y macetas. A la izquierda, en primer término, hay otro arco, éste adintelado y de menos luz que los del fondo; y en segundo término, una puerta que da acceso al interior del edificio. Los muebles son más rústicos que la estancia; sillas y sillones bastos y un velador cubierto por un tapete descolorido. Las

cuatro estaciones en cuatro cromos abominables, y una lámpara herrumbrosa en forma de lira, son los objetos más lujosos que contemplan los amigos del propietario. Ana y Felisa, junto a un cesto colmado de ropa blanca, remiendan y zurcen. La mocita es callada, grave y melancólica, y la anciana iracunda y parlanchina. Las dos visten con humildad, pero en la juventud lozanísima de Ana, son lujosos los trapos que la vejez de su madre empobrece.

ANA.—(Examinando una prenda que ha soltado Felisa.) Pero ¡qué chapucería, madre!

FEL.—(De mal humor.) ¡Otra te pego!

ANA.—Si está como estaba.

FEL.—Pues que se quede así.

ANA.—¿Así? ¡Vamos! (Resignadamente.) Lo coseré yo.

FEL.—(Quitándole la prenda.) Trae acá. Si no fuese por ti, si no fuese por ayudarte... Porque la que me duele eres tú.

ANA.—Bueno, madre.

FEL.—¡Y tan bueno! Lo que es por sus ilustrísimas...

ANA.—Madre, no empiece usted.

FEL.—Jornaleros hasta la semana pasó como quien dice, y hoy presumiendo de obispos.

ANA.—(Con dulzura.) Bien sabe usted que no presumen. Y aunque presumieran, creo yo que no deben salir las críticas de bocas que comen su pan.

FEL.—¡Ah! ¿Pero nos regalan el pan? ¿No lo ganamos con nuestro sudor?

ANA.—(Con firmeza.) Como es justo.

FEL.—¡Justo, justo!... ¡Con lo que hizo por Juan tu padre!

ANA.—(Riéndose.) Pero el que debía las mil pesetas, ¿no era mi padre?

FEL.—¿Y los favores? ¿No se van a contar los favores? Pues si se cuentan, ¿quién los hizo?... Y que tu padre no fué un cualquier cosa, sino un secretario de Ayuntamiento; es decir, un señor desde la coronilla hasta las uñas de los pies. Y el otro fué un gañán y es un gañán.

ANA.—(Sin alterarse.) ¿Nada más que un gañán?

FEL.—Y un bruto.

ANA.—(Sonriéndose.) Ya escampa.

FEL.—¡Y un cicatero! Y ya le diría yo cuántas son cinco si no fuese por mi maldita cortedá.

ANA.—Y todo por las botas.

FEL.—Por las botas. ¿No las necesito? Dentro de dos meses, cuando venga el invierno, ¿cómo me las apañaré pa que no me balden los dolores, sin unas botas forráas de lana? Mirá la señá Pepa cómo se las ha mercao.

ANA.—Pero la señá Pepa, teniendo muchos miles guardaos, es una pobre junto a su hijo Matías, que no le niega nada. Y nosotras...

FEL.—¡Y dale! Por nosotras, por nuestro cuidao se mantiene esta casa con el arreglo debío, y más hay en un arcón de esta casa que en toa la de Matías. Si no que cuando se hace "mísere" el ansia de arrebañar no tié remedio. (Entra Matías en el patio por la derecha. Es un hastial dotado de una sonrisa tan infantil, una

mirada tan concolorosa y una expresión tan perfecta de infelizote, que hacen dudar de su hombría de bien. Viste de americana; pero con rusticidad y sin aseo.)

MAT.—(Desde el patio.) A la paz de Dios.

FEL.—(Alegremente.) Entra, hijo, Matías, entra.

MAT.—(Metiéndose en la habitación.) ¿No he de entrar, si vengo por usted? Y eso que me molesta un poquillo, porque se siente aquí un calor...

FEL.—¿Calor?

MAT.—Pero ¿toavía no se ha fijao usted en que los ojos de Ana son dos soles de agosto?

FEL.—(Riéndose.) ¿Qué le parece a usted?

MAT.—(Risueño también.) ¿A que por no levantarlos de la ropa, con objeto de no mirarme, la quemán?

ANA.—(Gravemente, pero sin acritud.) Gracias por la burla.

MAT.—Esa contestación sí que es una burla... y ya te lo demostraré, pimpollo. Pero, en fin, a lo que venía. (A la vieja, alegremente.) ¿A que no adivina usted lo que mi madre le ha traído de la capital?

FEL.—(Conteniendo su júbilo de gorrón.) ¿Hoy también? Pero, hijo, ¿de qué pasta de serafines está hecha tu madre que no se harta de favorecer a la gente?

MAT.—A la gente de oro de ley, como usted.

FEL.—(Dándole una palmadita en el hombro.) Anda, embusterón. (Socarrada por la curiosidad.) ¿Y qué es lo que me ha feriao? ¿Piononos? ¿Cortaillos de sídra? ¿Suspiros de monja?

MAT.—No, no; si no es pa el buche. Pero, silencio, Matías.

FEL.—(Adivinando de súbito.) ¡Ah!... Bueno; esta señá Pepa acabará en los altares. ¿A que se ha acordao de mis botas de abrigo?

MAT.—(Risueño.) Que no, señá Félisa, que no me dejo meter los deos en la boca. ¿No ve que se ha empeñado en darle la sorpresa?... Aguardándola a usted se quedó.

FEL.—(Levantándose.) Pues me llegaré en un vuelo. (Desde el patio.) Y que Dios te pague el aviso.

MAT.—Como la molestia ha sido tan grande... (Sale Félisa por la derecha.)

ANA.—(Solitando la costura y mirándole fijamente.) ¿Por qué no se va, Matías?

MAT.—¿Sin la contestación?

ANA.—Ya le contesté.

MAT.—Pero de pronto, sin pensarlo. Y las cosas importantes se deben pensar. Fíjate bien en la entraña del problema y no te atreverás a decidir de sopetón. Fíjate en que me falta una tirá regularcilla pa los cincuenta años, en que soy un roble, y en que tengo más enmelao el corazón que un mozo de veinte abriles; fíjate en que tu situación es como pa que los ojos se te sequen de llorar...

ANA.—(Interumpiéndole.) No tanto.

MAT.—¿Que no? ¿Estás bien aquí? ¿Contenta, satisfecha?... ¡A otro perro, Anita!

ANA.—¿Y por qué no he de estar contenta?

MAT.—Porque vales mucho pa que te conformes con tan poco... y porque pués hacerte con tóo lo que necesitas. Vamos a ver, ¿no has ambicionao nunca ser la reina de una casa?

ANA.—(Con frialdad.) No tengo ambición.

MAT.—Pero aunque no tengas ambición, no serás tan humilde que te conformes con vivir como una cría.

ANA.—Yo no vivo como una cría.

MAT.—¿Que no?... Mira que el pueblo es mu chiquitín pa que haya algo oculto. Y que, por añadiúra, más te conviene pasar por una cría que por otra cosa.

ANA.—(Secamente.) ¿Qué quiere usted decir?

MAT.—Que los amos de este caserón—no te ofendas—son dos hombres solos.

ANA.—¿Solos? ¿Están solos aquí? ¿Y mi madre?

MAT.—Y el que esté junto a ellos tu madre, ¿le endulza las intenciones o le tapa la boca al que es murmurador?... Y murmura la mayoría, porque los cristianos, como yo, que van por el camino derecho, no se encuentran hoy ni buscándolos con un candil.

ANA.—Pero ¿quién se atreverá a criticarnos? Los Herreras son parientes de mi madre.

MAT.—Sí, Juan es primo quinto de tu madre. Un gran parentesco, ¿verdad? ¡Cuidao que eres inocente! ¿Qué vale ese parentesco junto a su fama? ¿No sigue enamorándose Juan de cualquier escobón vestió?... Y si al lao del padre te perjudica la fama, a la vera del hijo te puen perjudicar las acciones... porque Ugenio es de esos que sin hablar y en los terrenos más difíciles, se atreven a tóo.

ANA.—(Algo confusa.) Allá él, si usté no se engaña.

MAT.—No, allá tú, porque me estoy oliendo que le importas demasiao; si no, ¿cómo se explicaría su cambiazco conmigo? Eramos uña y carne y hoy somos gato y perro, por la sencilla razón de que ladra cuando me ve. Y me ladra por ti, y por ti me ha dao a entender, con indirectas de las que levantan ronchas, que le parece que le piso las asaúras cuando piso esta solería.

ANA.—¿Y no se equivocará usté?

MAT.—¡Ojalá! ¡Pero no me equivoco! Le importas demasiao... y el Ugenio no es de fiar.

ANA.—¿Y quién le ha dicho a usté que yo me fio?

MAT.—¿Y qué falta le hace a él que te fíes? ¿Te figuras que es de los que esperan el permiso pa vendimiar?... Pero ¿no ha llegao a tus oídos ninguna de las cien historias que de él se cuentan? (Eugenio, al entrar en el patio, oye las últimas palabras del hacial. El mozo es un campesino de ojos claros y penetrantes, boca enérgica y manos duras. Su traje de americana parece de buen corte por el señorío con que lo lleva.)

EUG.—(Desde el patio.) Cuénteselas usté. Porque supongo que se referirá usté a mí.

MAT.—Entra, hombre. En mentando al Ruin de Roma... (R'sueño.) Y pon buena cara, que si hablaba de ti era en son de elogio. Vamos, a no ser que critique a un compañero el que asegure de él que es un vendaval por lo enamorado y lo decidido.

EUG.—(Entrando en la habitación.) Ya adiviné su maniobra en el Casino, compadre. No iba usté al corral, como dijo chillando pa que me enterase yo, sino al callejón, pa cogerme les vueltas y venirse aquí.

MAT.—(Riéndose.) Cualquiera se la da al niño. ¿Sabes que te podrías ganar la olla adivinando el pensamiento?

EUG.—(Con un leve matiz de amenaza en el tono.) De manera que ¿no lo niega usté?

MAT.—(Con una serenidad desafiadora.) Pa qué, si no quiero engañarte.

EUG.—Es decir, que confiesa que viene a mi casa a escondías.

MAT.—Justamente. Y confieso también que me escondo porque, como te estimó, me empeño en que no riñamos. Pero ¿quién tiene la culpa de que yo me esconda? ¿Quién me ha pedío, de cierto modo, que no entre aquí?

ENG.—Yo.

MAT.—Pues tuya es la responsabilidad, y por ti me porto yo como un contrabandista, sin traer contrabando. ¡Sin traer contrabando! ¿Te enteras?

EUG.—Me entero. ¿Qué más?

MAT.—Que esto se acabó; que tú no volverás a ponerme la cara en vergüenza cogiéndome en un renuncio.

EUG.—(Con una sonrisa desdenosa.) Será mejor.

MAT.—(Socarrón.) Y no volverás a cogerme en un renuncio, porque desde hoy, si tu padre no me lo prohíbe, entraré en esta casa con la misma libertá que tú.

ENG.—¿Aunque yo me oponga?

MAT.—(Con frialdad.) Aunque tú te opongas. Mientras siga yo el camino derecho, nadie me ha de parar. Y lo sigo porque quiero a esta mujer, como los hombres honraos, a cara descubierta, pa casarme.

EUG.—¿Y si ella no le quiere?

MAT.—(Incisivo.) ¿Y si me quiere y lo oculta porque alguien esté emperreo en que no me quiera?

EUG.—Ese alguien, ¿soy yo?

MAT.—(Calmoso.) Tú mismo. Y eso está mal, muchacho. Vas a casarte con la hija de Joaquín el maderero, que apalea los millones. ¿Qué te importa lo que haga esta infeliz?

EUG.—(Conteniéndose.) ¿Y si me importase?

MAT.—(Con decisión.) Si te importase... ¡Tu trigo no sería limpio!

EUG.—¿Insultos también?

MAT.—No, porque lo que te ofendiera con este motivo, la ofendería. ¿Y como voy yo a ofender a la que he escogío pa esposa? (Con gravedad.) Vaya, no seas tonto, Ugenio. Déjame la mía, que ya tiés la tuya.

ANA.—(Trémula de ira.) ¿Es que yo soy de usté?

EUG.—(Cada vez más dueño de sí mismo.) Calla. Y déjanos. Hazme el favor.

ANA.—(A punto de llorar.) Pero...

EUG.—(Empujándola dulcemente.) Hazme el favor. No pasará na. Estoy en mi casa.

MAT.—Y aunque estuviéramos en la calle; cuando no quiere uno, dos no pelean. (Sale Ana por la puerta de la izquierda.)

EUG.—(Aproximándose al jayán y hablándole en voz baja con punzadora actitud.) Bueno. Franqueza ahora que nadie nos oye. No consiento que se case usté con Ana, porque merece un marío mejor; un marío que no tenga cincuenta años como usté, que no preste dinero como usté, que no sea hipócrita y borracho como usté...

MAT.—(Atajándole muy tranquilo.) Ni celoso como yo, ¿verdá?... ¡Ahí duele! Hay que buscar un marío tan fenomenalmente bueno que no sea posible encontrarlo, pa que Ana no se escape de aquí nunca. Aquí, contigo, aunque te cases con la maderera, ¿no? (Tendiéndole la diestra.) Chócala, camándulas, que con esa carita de monaguillo, eres un demonio viejo de los de mistó.

EUG.—(Cogiendo la mano y apretándosela y bajando aún más la voz.) Y,

si no lo fuera, lo sería dentro de cinco minutos, pa acabar con usted. ¿Viene preparao?

MAT.—(*Desdeñoso.*) Yo siempre camino preparao.

EUG.—Entónses... ¡remataremos en el Coto esta conversasión!

MAT.—¡Y no con palabras! (*Dirigiéndose al patio.*) Conque silencio y tira pa lante.

EUG.—No, por aquí que es más cerca. ¡Por el corral! (*Sale por el arco de la izquierda, y en tal instante don Claudio, que es el cura del pueblo, entra en el patio por la derecha. Es un pulquérrimo vejete cuyos aladares negrean más que sus hábitos, descoloridos por los soles de muchos lustros.*

CLA.—(*Al entrar en la estancia.*) Bendito y alabado sea el Señor. (*Después de unos segundos, alzando la voz y golpeando las losas con su bastoncito.*) Bendito y labado sea el Señor.

(*Entra Ana por la izquierda.*)

ANA.—Buenas tardes, don Claudio.

CLA.—(*Sentándose en un sillón.*) ¡Caray! ¿Qué novedá es esta, picarona? ¿Y el “por siempre”? ¿No se dice “por siempre” como es de ley cuando alguien saluda alabando al Señor?... Las buenas tardes se dan luego, hijita.

ANA.—Perdone usted.

CLA.—(*Entre severo e indulgente.*) De otras cosas tendré que perdonarte; pero en el sitio debido. En el sitio debido... si logro verte en él, pecadorcilla. ¿Cuántos años hace?...

ANA.—(*Interrumpiéndole con viveza.*) No, no. Me confesé la última vez en Febrero. Hace ocho meses. Y si usted supiera...

(*Entra en el patio por la derecha un mocito encuéntron, esbelto y ágil, y tan generoso de su palabra, tan dilapidador de su alegría y tan apasionado para todo como un doncel de veinte abriles. Este viejo niño es Juan Herrera.*)

JUAN.—(*Desde el patio.*) Pero ¿ya llegó mi San Claudio? (*Metiéndose en la habitación.*) ¡Por vida de los moros! ¡Esto de que sea yo siempre el faltón que tarda!...

CLA.—Pero, hijo, si no es la hora.

JUAN.—Menos mal. ¿Ha venio usted antes pa meter en cintura a esta madama dé la media almendra? Porque ya hace algún tiempo que está más triste que la luz de un ciria. (*A ella.*) ¿Qué tienes, monería?

ANA.—(*Procurando sonreír.*) Nada.

JUAN.—Nada. Nunca tiene ná, y al parecer, nunca rompe un plato. Pero con ese tipo de paloma es una aguillilla ladronzuela que le clava uno los ojos y le derrite el corazón. (*A la moza.*) ¿Qué, has derretio hoy muchos?

ANA.—Diviértase, diviértase usted.

JUAN.—¿Y dónde dejamos el hoyito? ¿Ve usted, amigo San Claudio, esta preciosidá de hoyo que luce en la barba?

ANA.—(*Al cura, que se ríe.*) Pero si es una viruela loca.

JUAN.—(*Con gracejo.*) Naturalmente. Al nacer donde ha nacio. ¿no se iba a voiver loca de alegría? (*A don Claudio.*) Pues en ese hoyo se quisiera enterrar medio pueblo. ¡Hasta Matías!

CLA.—Basta, caray, que la azoras con tus tontadas. Y ya que has nombrado a Matías, enséname los papelotes, si no has cambiado de opinión.

JUAN.—No, señor. Y si tó no me favoreciera, como va usted a comprobar, no iría al pleito con ese pajarraco.

(Salen por la derecha: Ana coge el cesto de la ropa, sale por la izquierda y retorna en seguida. Pero antes Eugenio, tembloroso y desorientado, entra por el arco de la izquierda. Ana, al verle, ahoga un grito de pavor.)

EUG.—¡No grites!

ANA.—(Con angustia.) ¿Qué ha pasado? ¿Qué has hecho?

EUG.—¿Volvió mi padre?

ANA.—Pero, ¿qué has hecho? ¡Habla, por Dios!

EUG.—(Con exaltación.) ¡Defenderme! ¡Defender mi vida! ¡He defendido mi vida porque lo primero es vivir! ¡Si tenía que pasar lo que ha pasado! ¿Es que iba yo a aguantar que te rondase en mis hocicos? ¿Es que iba yo a consentir que te deshonrara con su maldita lengua?... ¡Quí! Y como a mis razones contestó con insultos, y a mis insultos con guantadas, y a mis guantadas con tiros... ¡Pues pa que no me matara le maté yo!

ANA.—(Sollozando.) ¡Dios mío! ¡Madre Santísima de las Angustias!

EUG.—(Con feroz ironía.) ¡Ya dieron fin las bravatas y las calumnias, compadre! ¡Ya no se moverá, pa hacer daño, la víbora que tiés en la boca. ¡Se acabó!

ANA.—(Con desesperación.) Pero ¿que no se ha acabao, Eugenio? ¿Qué va a ser ahora de ti? ¿Y sin ti, qué hago yo?

EUG.—(Con frenética rabia.) ¡Por ese bandido! ¡Ay, si tuviese una vida por ca uno de sus cabellos pa que estuviera yo matándolo hasta que me ahogara en su sangre!

ANA.—¿Qué hago yo? ¿Quién me tenderá la mano? ¿Quién se compadecerá de mí?

EUG.—¡Tó el que me quiera! ¡Tó el que no esté reñío con la honradez!

ANA.—Pero ¿y cuando nazca?...

EUG.—(Interrumpiéndole.) ¡No me hables de eso! Por él le he matao también, porque también le ofendía persiguiéndote!

ANA.—(Sollozando.) ¿Qué pena, Eugenio! ¿Qué pena!

EUG.—(Trémulo.) ¡Sí, qué pena! Pero trágate ahora la pena y no te quejes, y no me quites con tus lágrimas la valentía que necesito para huir. (Con furor.) ¡Quiero huir! ¡Mientras me quede un soplo de vida, no me dejaré prender!

ANA.—(Secándose los ojos.) ¿Y aquí quién va a prenderte? ¿Eres un asesino? ¿No has obrao en tu defensa?... ¡Que te salve tu padre! Ahí está con don Claudio.

EUG.—Avísale y vete en seguida. (Abrazándola y besándola.) ¡Y perdóname! ¡Perdóname ya que te he perdido porque te quiero con toas las fuerzas de mi alma!

(Sale Ana por la derecha. Retorna inmediatamente con Juan y don Claudio, y vuelve a salir por la puerta de la izquierda.)

JUAN.—(Alarmado.) ¿Por qué llora Anita? (Al notar la turbación de Eugenio.) Y a ti, ¿qué te ocurre? (Eugenio le mira y rompe de súbito a llorar.) ¡Eugenio! (Abrazándolo, profundamente emocionado.) ¡Eugenio, hijo mío!

EUG.—(Avergonzado y colérico.) ¡Seré sucio y mandria y mujerzuela!

JUAN.—(Con una alma cada vez mayor.) Vamos, explícate. Tú no eres una mujerzuela. Pa que tú llores tié que haberse hundío el mundo. ¿Cómo se ha hundío el mundo pa ti?

CLA.—(Tímidamente.) Hasta luego.

EUG.—(Sujetándole.) No, no, don Claudio. No se vaya, que no es el verle a

usted lo que me paraliza, sino la pena y la rabia que me están consumiendo. *Qué dese usted y oiga lo que voy a decir. (A Juan, con resolución.)* Yo que he sido ligero algunas veces, nunca he tenido mal fondo y nunca le he dao un disgusto grave. *¿No es así?*

JUAN.—Así es. Pero, ¿qué quíes comunicarme? ¿Que vas a dármelo ahora?

EUG.—Sí, señor. Aplanao, avergonzao, casi con miedo; pero seguro de que usted me comprenderá. Quisieron avasallarme, y pegó un bote mi orgullo, y se me subió la sangre a la cabeza... y ya sabe usted lo que ocurre cuando el orgullo tapa el hueco de la reflexión.

JUAN.—*(Secamente.)* Habla. ¿Quién te quiso avasallar?

EUG.—Matías.

JUAN.—*(Con asombro.)* ¿Matías? Un pretendiente de Ana, ¿iba a avasallarte?

EUG.—*(Con tremenda exaltación.)* ¡Pero si ese era el motivo! ¿No cae usted? ¡Porque le prohibí que la persiguiera! ¡Porque le eché de casa y siguió viniendo a escondidas! ¡Porque hoy, al sorprenderle, me afrentó burlándose de mí!

JUAN.—*(Con terrible ansiedad.)* ¿Y... le has matao?

EUG.—*(Mostrándole el sombrero agujereado por una bala.)* Defendiéndome. ¡Ahí está la prueba de que disparó antes que yo!

JUAN.—¡Jesús! ¡Jesús!... Comó un guapo de taberna, como un pelafustán que na tuviera que perder. ¡Matar a un hombre! ¡Matar a un hombre mi hijo... ¡Mi hijo, pa quien yo quería la flor de tó lo bueno del mundo!

EUG.—¡Calma, padre! ¡Tenga usted calma!

JUAN.—Y tú, ¿por qué no la has tenido?

EUG.—*(Suplicante.)* ¡No me aflija usted más!

JUAN.—*(A don Claudio.)* ¿Le oye usted?... Me deja solo, con una pesadumbre que acabará conmigo, y me pide que no le aflija...

EUG.—No pierda la serenidad, no me acobarde acobardándose, ¡ya que lo hecho no se pué deshacer! ¡Ayúdeme! *(Con selvática resolución.)* ¡No quiero ir a presidio! ¡Me mataré antes que ir a presidio!

JUAN.—*(Con amargura.)* ¡Así! ¡Como los valentones sin trampa! Un tiro en la sien y tó queda arreglao. ¡Y el que nos hizo nacer, que entierre su propia sangre y sus propios huesos, y con sus huesos y su carne, su esperanza, y con su esperanza su vida!

EUG.—*(Abrazándole y llorando.)* ¡Padre, perdón, perdón!...

JUAN.—*(Entre colérico y angustiado.)* ¡Matarle... pudiéndole yo matar!

EUG.—¡Perdóneme, perdóneme!

CLA.—*(Separándose con dulce autoridad.)* Vamos, calma. Ahora soy yo el que os exige que no perdáis la calma. A ti, especialmente, Juan. Eugenio está en peligro y debe huir.

JUAN.—*(Reponiéndose.)* Tie usted razón. Por fortuna acabo de cobrar el grano y me coge con tó el dinero encima. *(Dándole a Eugenio un abultado saco.)* Ten. Ahí llevas dos mil duros. Anda.

EUG.—Cuando le confiese algo que no debo ocultar.

JUAN.—¿Hay más toavía?

EUG.—Hay más toavía... y peor que lo que ya he declarao.

CLA.—¿Ana?

EUG.—Sí, señor. De ella voy a hablar. Por defenderla me he perdido, y es pero que cuando sepa la gente lo que ha de saber...

JUAN.—(*Severo.*) ¿Y qué es lo que ha de saber la gente?

CLA.—Que tiene derecho a ser tu hija. (*Al muchacho.*) ¿Me equivoco?

EUG.—(*Bajando la cabeza abatido.*) No, señor.

JUAN.—(*Después de unos instantes de silencio.*) Está bien. Dependiendo de tí, porque depende, por su orfandá, de tu padre, y viviendo a tu lao, no la has querido respetar. ¡Está bien!

EUG.—(*Con energía.*) Es que, precisamente porque el vivir a su lao me ayudó a conocerla, me enamoré. ¡Es mi único delito, y usted sin darse cuenta me empujó a cometerlo! ¡Usted! ¿Me hubiese dejado casarme con Ana? ¡Diga la verdad!

JUAN.—¿Comprometió con otra?

EUG.—¡Pues por eso la comprometí a ella! Pa romper con un compromiso tía. ¡Piensen en ellos y no en mí; en lo que a ellos les convenga y ná más, comaría por hija a la que tuviese derecho a ser su hija.

JUAN.—Y ahora, ¿cómo la tomaré? ¿Y sin tomarla, qué padre tendrá mi nieto? ¡Tú mismo le has quitao el padre! ¡Tú mismo te has matao!

CLA.—(*Con triste severidad.*) Y lo más duro no es que te hayas matao, moralmente. Lo más duro es que al abusar del cariño de Ana, la has matao también, echándola del mundo de las personas honestas, y has matado igualmente a tu hijo antes de nacer, privándole de la honra al darle la vida.

EUG.—(*Con angustia.*) Pero ustedes no les negarán su amparo; ustedes les salvarán... Con su experiencia, usted, don Claudio, y usted, padre, con su valentía. ¡Piensen en ellos y no en mí; en lo que a ellos les convenga ná más, como si estuviese yo sepultao!

CLA.—¿Renunciando tú a ellos para siempre?

EUG.—¿Pero es que ya no los he perdido pa siempre? (*Bruno entra con precipitación por el arco de la izquierda. Viste como un campesino asalariado que es, y tiene las facciones duras y la mirada leal.*)

BRU.—(*Jadeante.*) Señor Juan, señor Juan...

JUAN.—(*Amedrentado.*) ¿Qué pasa?

BRU.—Un notición, señor Juan. Que han asesinado a Matías.

JUAN.—¿Quién te lo ha dicho?

BRU.—Estos (*Por los ojos.*) que lo han descubierto a la entrá del Coto. Iba con mi hermano hacia la choza, atravesamos por el monte, pa cortar, y, junto a una encina, tropecé con él. ¡Nunca he visto más sangre, señor Juan! ¡Una laguna de sangre, señores!

JUAN.—¿Y tu hermano?

BRU.—Ahí está en la boega esperándome. Porque a mí me parece que lo más acertao es que nos presentemos al juez los dos.

JUAN.—Pero a mí no me lo parecé, Bruno.

BRU.—(*Sorprendido.*) ¿Pues?...

JUAN.—Porque te necesito. Que se presente sólo tu hermano; que ni te nombre siquiera, y que declare lo que ha descubierto. Que a Matías Garcés le han matao. ¡Y ná más!

BRU.—(*Con asombro.*) ¿Y qué más pué decir? ¿Sabemos algo más?

JUAN.—El no sabrá más por ahora. Tú, sí; tú debes saber que el que ha matado—porque mereció la muerte—a Matías, es cosa nuestra. Es Eugenio.

BRU.—(*Asustado.*) ¡Eugenio!

JUAN.—Con una palabra que se te escape, nos pués hundir.

BRU.—(*Dignamente.*) Si temiese usted que me se escapara, me dolería la az-
vertencia.

JUAN.—Cierto es. Bruno; de ti ná temo. Y disimula.

BRU.—¿Pa qué me necesita usted?

JUAN.—Pa que pongas a mi hijo en Portugal antes de que amanezca.

BRU.—Descuide, que nuestro sol no ha de calentarnos mañana. Y voy a
ensillar los caballos. (*Sale a escape por el arco de la izquierda.*)

JUAN.—(*A Eugenio.*) Anda tú. (*Al notar que vacila.*) Derecho al campo,
Sin verla. Despedirse es peor. Las mujeres lloran... y las lágrimas achican el
ánimo. Anda ya.

EUG.—(*Sumiso.*) Como usted mande. ¿Un abrazo?

JUAN.—(*Abrazándole y hablando con una voz trémula de emoción.*) A mí,
sí. Pero nosotros, Eugenio, somos hombres. Abraza también a don Claudio.

CLA.—(*Apretándole contra su corazón.*) Que Dios te ayude, hijo mío.

EUG.—(*Con lágrimas en la voz.*) Pídaselo usted. (*Procurando no llorar, sale
por el arco de la izquierda. Hay unos segundos de silencio. Juan, con los ojos
arrasados y las piernas vacilantes, se aproxima a un sillón y se sienta para
no caer.*)

CLA.—(*Conmovido.*) Vamos, vamos, Juan.

JUAN.—(*Rehaciéndose en el acto con terrible entereza.*) Es mi único hijo.
Le cortan a este tronco su última rama.

CLA.—¿Y la otra?... Vas a tener un nieto.

JUAN.—Es verdad, don Claudio. Voy a tener un nieto y le recibiré como es
debido.

CLA.—Tú, sí; pero ¿le recibirán como es debido los demás?

JUAN.—Y eso ¿quién lo remedia?

CLA.—Lo remediará el que le encuentre un padre.

JUAN.—(*Mirándole con fijeza.*) Claréese usted, don Claudio.

CLA.—Pero, en lo que ha dicho, ¿no hay claridad?... Para que no se hundan
con Eugenio y Anita y su hijo, hay que buscarle un esposo a Anita. ¿Lo bus-
camos? Es decir, antes de que enterada la gente calumnie y escandalice, ¿bus-
camos la honra que se ha perdido?

JUAN.—Pero ¿dónde está ese esposo? En el pueblo, fuera parte de tres o
cuatro granujas con los que yo no quiero tratar, ¿quién se prestaría al enjua-
gue? Y como no se pué admitir a ningún granuja, porque el remedio sería peor
que la enfermedad...

CLA.—¿Y si diera yo con una persona decente?

JUAN.—¿Y consentiría un hombre cabal en?...

CLA.—(*Interrumpiéndole.*) ¿Te parece Bruno un hombre cabal? Y contán-
dole lo que ha pasado, ¿se negaría a casarse con Ana?

JUAN.—(*Alegre en medio de su tristeza.*) ¡Dios mismo le ha iluminado!
No señor. No se negará. Y como es bueno entre los buenos, sabrá hacerla feliz.
(*Llamando desde la puerta de la izquierda.*) Ana, Ana. (*Entra Ana muy pálida
y con los ojos enrojecidos.*) Bésale la mano a don Claudio, que te acaba de
salvar. (*Respondiendo a una interrogación muda de ella.*) Bésale la mano, que
pronto te unirá a un hombre bueno. Y no llores ni te acobardes, y sobre todo,
no expliques ná. Las explicaciones sobran.

ANA.—(*Con un gesto de rebeldía.*) Un hombre bueno, señor Juan, no me
querría por mujer. Y si me quisiera, no le querría yo.

JUAN.—(*Con una punta de acritud.*) Necesitando un marío, ¿no le que-
rías?... Piensa bien lo que dices. Eugenio ná nos ha ocultao al confesar y sé
que te hace falta un padre pa tu hijo.

ANA.—Pero... yo preferiría vivir sola con una miseria que usté me seña-
lase, o trabajando. El día de mañana, ¿quién sabe lo que ocurrirá? ¿No puede
volver Eugenio?

CLA.—¿Entre civiles y para ir a presidio?... Pídele a Dios que no vuelva.
Y más que de él y más que de ti, preocúpate de la criatura inocente que ha
de llegar; de vuestra víctima.

ANA.—(*Con invencible tozudez.*) No, señor. No me convencerá usted. ¡No
es posible que me convenza!... Después de lo pasao, ¿podía yo mirar a mi
marido sin avergonzarme? Y si un día riñéramos y me echase en cara mi culpa,
¿cómo seguiría viviendo yo?

CLA.—(*Benévolutamente.*) Seguirías viviendo con humildad, con paciencia,
con resignación.

ANA.—(*Sublevándose.*) ¡Pero si es imposible! ¡Cómo he de ser yo esposa de
un hombre adorando a otro! ¡Mi cara, en el espejo, me parecería la de una
perdida!

CLA.—(*Impresionado.*) ¿Estás loca?

ANA.—¡Compraría la honra pagando con mi cuerpo! ¡Y pagar con el cuer-
po es deshonorarse! No, don Claudio, no. No me amparen ustedes de ese modo,
porque yo me figuro que soy más honrada quedándome deshonorada y que así de-
fendiendo mejor a mi hijo.

JUAN.—¿Dejándole sin padre?

ANA.—Pero, ¿sería para él un padre el que le reconociera? ¿Daría por él su
vida como un padre?... Y en cambio, si le odiara...

CLA.—Podía ser, aunque yo te destinaba a Bruno, que es incapaz de odiar.
Pero, si no con él, te casarás con otro.

ANA.—(*Impaciente.*) Pero entonces...

CLA.—(*Con firmeza.*) ¡Silencio! Escucha y después protestarás si te atre-
ves. Te casarás con otro, pero con otro al que mirarás sin avergonzarte, con
otro que renunciaría a sus derechos, con otro que para tu hijo tendrá un corazón
paternal.

ANA.—¿No se burla usté? ¿Es ese otro una persona de carne y hueso? ¿No
estará en un altar?

CLA.—(*Con indulgencia.*) Ese otro, que es de carne y hueso, está aquí. Y no
he de ser yo. (*Hay unos instantes de silencio. Ana y Juan se contemplan confusos
y asombrados.*)

JUAN.—(*Con una indecisión hija de la sorpresa.*) ¡Don Claudio!... Pero,
¿cree usted seriamente?...

CLA.—Creo seriamente que la honra de esta criatura y de su hijo, a nadie le
interesa más que a ti. Ahora que si te parece el sacrificio muy grande...

JUAN.—(*Con resolución.*) Aunque me pareciera una montaña. ¡Usté es quien
pa mandar y ha mandao! (*A ella.*) Cuenta conmigo. (*Ana, arrodillándose, le cogé
las manos, se las besa y rompe a llorar.*)

ACTO SEGUNDO

En la misma habitación. Todo está igual, si no tuviera la vejez de los años más encima. Ana, junto al velador, mira afectuosamente a Juan, que extrae de un paquete un corte de traje de seda gris oscura, muy lujoso. La muchacha, que ha embarnecido, y está bellísima, viste de luto y en sus humildes arreos no se nota ni un asomo de presunción. En cambio, Juan, en el que se observa que se preocupa mucho del aliño de su persona, está más viejo—diez años más viejo—y más flaco, y ha perdido con la alegría la costumbre de sonreír.

JUAN.—¿Le has avisado a la modista?... A ver si se larga del pueblo sin servirme.

ANA.—(Con indiferencia.) No, no. Vendrá.

JUAN.—(Por el traje.) Pero, míralo, mujer. Vamos, ¿saldrá alguien con más pompa que tú el día de la función?

ANA.—Lo llevaría más a gusto si fuese negro.

JUAN.—(Con disgusto.) ¡Y dale! ¿No es casi negro? Ya hace dos años que se llevó Dios a tu madre y al niño. Conque basta de aeguras.

ANA.—No. Yo llevaré luto siempre... por todos, si no me manda usted que me lo quite.

JUAN.—(Disimulando su amargura.) ¡Mandar! ¿Cuándo he mandao yo? ¿Sé yo mandar?

ANA.—Porque un corazón como el suyo no se encuentra.

JUAN.—Si yo supiese mandar, te mandaría que pasearas, que estuvieras alegre, que cantaras igual que un colorín...

ANA.—(Melancólicamente.) ¿Y no valdría yo muy poco si le obedeciera?

JUAN.—¿Por qué? ¿Has hecho tú algo malo?... ¡Si tú no tiés culpa de na!

ANA.—¿Y qué culpa es la suya? Y sin embargo, no es usted ni su sombra.

JUAN.—Porque me pesan ya los años.

ANA.—¿Los años? ¿Y hace dos estaba como un chiquillo?... Diga usted las penas.

JUAN.—¿Pa mentir? ¿Qué penas tengo yo? ¿No se ha curao Matías? ¿Y habla de perseguir a Eugenio?... Pues con su curación, y sin el golpe de la denuncia, ¿qué penas puedo yo tener?... Es la edá, que aunque uno ilusionao quiera engañarse ve que es viejo, Anita.

ANA.—Pa viejo porque no es feliz. Y usted empezó a notar que no era feliz a los seis o siete meses de nuestra boda, cuando sin miedo ya por Eugenio, se dió cuenta de su situación, porque le hizo darse cuenta un malvao.

JUAN.—(*Encogiéndose de hombros.*) ¿Otra vez?

ANA.—¡Y mil! Como que es la verdá pura. Hasta que enterao como tú el mundo de que nuestro matrimonio no era un matrimonio cabal, principió el Canalero a perseguirme, no cayó usted en que le había costao la felicidad el casamiento.

JUAN.—¿Y caí porque te pretendía un títere?... ¡Ana, por Dios! Nos han echao las bendiciones, y aunque realmente no seas mi mujer, no he de consentir que te crea a su alcance ningún bruto. Mirarte de mala manera es poner en mi dignidá las manos... ¡y al que las ponga se las corto! Por eso le avisé al Canalero rompiéndole unas costillas. Pero ni me hizo caer en ná ese trasto ni me quitó las ganas de comer y de dormir. Y de la felicidad no hablemos.

ANA.—El no le quitaría nada, pero su acción, ¿no le abrió a usted los ojos?... Y se acordó al defenderme de quien me debía defender... y pensó en lo que había perdido.

JUAN.—(*Con impaciencia.*) ¡Ya está! ¡El cuento de siempre!

ANA.—No es cuento. ¿Es que usted no se hubiera cazao con Encarnación? ¿No se enamoró?

JUAN.—(*Desdeñoso.*) Chismes de la gente. ¡Mentiras!

ANA.—(*Con firmeza.*) No. Se hubiera usted casao, y al verse como se ve y al repudrirse por bondá, pa no echarme ná en cara, es lo que le agria a usted el genio y le avejenta.

JUAN.—(*Irónico.*) Búrlate. Como si tú creyeras que los que se arriman al medio siglo se puén enamorar. No, paloma; se reirían mucho de uno. A mi edá cría uno los hijos o juega uno con los nietos. Y si no hay nietos ni hijos, hay otra cosa que consuela: el trabajo. Metiéndose en trabajo hasta la coronilla, nadie es infeliz. (*Carmen, que entra en el patio por la derecha, se mete canturreando en la habitación. Es una palurda, coloradita, con mucho aceite en el pelo y bastante cochambrosa.*)

CAR.—Señor Juan, que está ahí enfrente el maestro albañil pa ver los depósitos de la bodega.

JUAN.—Voy allá. (*Atraviésa el patio y sale por la derecha.*)

CAR.—¿Quié usted que planche?

ANA.—¿Hay algo que planchar?

CAR.—Hoy, no, señora.

ANA.—Entonces...

CAR.—Tamién es verdá. Pos barreré el patio, que toavía no lo he barrió. (*Sale por el fondo, y en seguida entra Eugenio por el arco de la izquierda. Trae*

empolvados el traje y las botas, que son viejos, como el sombrerillo que se cubre.)

EUG.—(*Enronquecido por la emoción.*) ¡Ana!... ¡Ana! (*Ella al verle da un grito, e instintivamente retrocede empavorecida.*)

ANA.—(*Trémula.*) ¿Cómo te has atrevido, Eugenio?...

EUG.—(*Apasionadamente.*) No podía resistir más.

ANA.—(*Llorando.*) ¿Cómo te has atrevido?

EUG.—¡Quería verte, quería ver a mi padre, quería pisar mi casa!

ANA.—(*Con angustia.*) ¿Y pa que te prendan, sin pensar en nada, sin ocultarte, de día, te metes aquí?

EUG.—No me prenderán, no tengas miedo. He venío por el coto pa que no me vean; estoy en él desde anoche, en la casilla de Bruno, y en la casilla me esconderé hasta que entre en el pueblo sin tapujos, que es mi esperanza.

ANA.—¿Y cómo vas a entrár sin tapujos?

EUG.—Con el perdón de Matías. (*Impacientado por un gesto dubitativo de Ana.*) ¿Por qué no me ha de perdonar? El no haberme denunciao, ¿no indica que se ha convencio de que fué suya la culpa, o de los dos, pero no mía solamente?

ANA.—¿Y si no te denunció porque no te podían prender?

EUG.—Lo veremos. Le he mandao una carta fechá en la capital, valiéndome de Bruno, y por Bruno recibiré la contestación.

ANA.—¿Y por qué no la has aguardado en la capital, y por qué no te has valío de tu padre?

EUG.—¿Y el dinero pa aguardar? El último me lo gasté en el tren. Y de mi padre no me he valío por ahorrarme el disgusto de que, sabiendo que estaba aquí, temiese que me fueran a trincar.

ANA.—¿Y no lo temes tú? (*A la moza, que los mira desde el patio.*) Ven; Carmen. (*Entra Carmen en la habitación.*)

CAR.—Sí, señora.

ANA.—Este es el hijo del amo.

CAR.—Le he conocío, sí, señora.

ANA.—Pues pa que no le descubran, cierra el portón. Fíjate en quién viene, por la mirilla, y si alguien entra, avisanos antes de abrir.

CAR.—Sí, señora. (*Vuelve al patio y sale por la derecha.*)

EUG.—(*Ardorosamente cogiéndole las manos, y con un tono de humilde súplica.*) ¡Ana!...

ANA.—(*Con triste severidad.*) ¡Eugenio!

EUG.—(*Con lágrimas en la voz.*) ¡Ya no soy ná pa ti!

ANA.—(*Conteniéndose.*) ¿Estás loco?... Eres muchas cosas pa mí; pero sobre toas cosas eres pa mí el hijo de mi marido. Fíjate, Eugenio. El hijo de mi marido.

EUG.—(*Apasionadamente.*) Pero fíjate también en que mi padre, que se casó por salvarnos, en realidad no es tu marío.

ANA.—¿Y qué importa eso? ¿No se hincó de rodillas en la iglesia junto a mí?... Pues a los dos nos amarró la bendición del cura. Y, si no le quiero como una esposa, le respeto como una esposa. ¿Hago mal?

EUG.—Harás bien. Pero no me negarás que nos han perdío por salvarnos. Esto es como darle alas a una golondrina pa que no vuele, y vista a un ciego pa que no mire.

ANA.—Tampoco puede volar ni mirar tu padre. Es la ley, Eugenio. Cuanto pasó está enterrao.

EUG.—(*Con amargura.*) Sí. Lo que hicieron las personas... y diría yo que hasta las personas mismas. Pero es la ley. Y mi castigo.

ANA.—El nuestro. Y nuestra obligación. (*Carmen entra en el patio por la derecha y se aproxima rápidamente a la habitación.*)

CAR.—¿Que viene Matías con el señor Juan!

ANA.—(*A Eugenio.*) Sube al sobrado. Yo estaré en mi alcoba hasta que se vaya. (*Sale Eugenio por la puerta de la izquierda. Al sonar la aldabilla del portón.*) Abre. Y ojo con hablar. (*Sale Ana por el arco de la izquierda. Carmen abre el portón y entran por la derecha en el patio y pasan a la habitación la muchachita, que se va inmediatamente por el arco de la izquierda, Juan y Matías. En éste no ha dejado ni la más leve huella la enfermedad.*)

JUAN.—¿Nos encerramos en la sala?

MAT.—¿Pa qué? Aquí, ¿quién nos va a oír? Y, si nos oyeran, nos oiría el ama de la casa. Y lo que voy a consultarle, quizá piense usted, porque tós no pensamos lo mismo, que pa el ama no tié que ser un secreto. Ahora, que tampoco es pa vocearlo en mitá de la calle.

JUAN.—(*Con el recelo del que presiente algo desagradable.*) Siéntese usted. Le escucho.

MAT.—(*Con afabilidad.*) Sin preocupación, que no le voy a soltar un escopetazo. (*Después de sentarse y de ofrecerle un cigarrillo.*) La cosa pué ser mala y pué no ser mala. Y si le pareciere mala, en su mano está impedir que lo sea.

JUAN.—Suélteme el escopetazo.

MAT.—(*Riéndose.*) Pero, hombre, Juan... (*Bonachón.*) Bueno, la noticia sí es un escopetazo, pero como tropieza usted conmigo, que es como tropezar con una malva...

JUAN.—(*Gravemente.*) Déjese usted de requilorios y suélttemelo.

MAT.—Pues aguante. Ugenio está en la capital.

JUAN.—(*Sorprendido y amedrentado.*) ¿Quién le ha osequiao con ese embuste, amigo Matías? Eugenio está en América.

MAT.—Su hijo llegó anteanoche a la capital y no soy yo quien lo asegura, sino él. (*Sacando una carta.*) Y lo asegura en esta carta que acaban de entregarme.

JUAN.—(*Receloso.*) ¿Y mi hijo le escribe a usted y a mí no?

MAT.—(*Malignamente.*) Y me pide además que usted no lo sepa. ¿Motivos? El dice que por no asustarle o no disgustarle. Y éstos serán, y yo no tengo derecho a buscar otros, porque si los buscara, obraría con malicia; pero tampoco tengo derecho a ser reservao con usted en asunto de esta importancia, y máxime habiendo decidío maniobrar, no con arreglo a mi convenienciá, sino con arreglo a la de usted. (*Después de unos segundos de silencio.*) No es pa ponerse así, Juan. Y decidiéndome yo por usted, menos. Si le hago piloto de la barca, ¿no será usted el que marque el rumbo? Animo, Juan, y no se ponga así.

JUAN.—Expláyese, Matías. No sé por qué veréa me quíe llevar. Estoy atontao. ¿Con qué idea le ha eserito Eugenio?

MAT.—¿Me hace gracia la pregunta! Pues con la idea de que le perdone pa colarse aquí de rondón. Y este es el problema, porque yo le perdonaré o no le perdonaré, según caigan las pesas en sus platillos, Juan. ¿Me comprende?

JUAN.—Del tó, no le comprendo todavía.

MAT.—¿Recordaría la contestación que le dí, hace año y medio, cuando, seguro usted ya de que no me moría, fué a visitarme?

JUAN.—Como si la acabara de oír. Usted me contestó que no había pensado en denunciar a mi hijo.

MAT.—(*Con viveza.*) Pero añadí que tampoco había pensado en perdonarle.

JUAN.—Justo. Por eso le mandé que no viniera; por miedo a que usted le matase, por miedo a que fuera usted el muerto y él no pudiese huir como huyó la otra vez; por miedo—he de confesarlo—de que cambiara usted de opinión y le echase a presidio por no pelear.

MAT.—¡Hombre, que mi camino fué y será siempre el derecho!... Negué el perdón porque me quería vengar, acordándome de que estuve seis meses con un pie en la sepultura; pero me quería vengar a lo caballeroso; peleando como peleé el día que me desafió y metiéndole en el pecho dos balas por cada una de las que él consiguió meterme.

JUAN.—¿Y sigue usted con esas intenciones?

MAT.—¿Yo? ¿Una criatura de mi pulso iba a pasar dos años con una bestialidad semejante en la cabeza?... Ugenio, que se portó como se portaría cualquiera a quien le rondan la novia, me hirió cara a cara. Sin pedirme perdón, hace ya mucho tiempo que le había perdonao.

JUAN.—(*Con menos alegría de la que quisiera sentir.*) ¿Entonces?...

MAT.—¡Caray, Juan, seamos claros! Una cosa es que yo perdone a Ugenio y otra muy diferente es que yo le esté agradecido... porque al fin él hizo todo lo que pudo para que yo le diese trabajo al enterrarlo. Pero, si a él no le estoy agradecido, a usted le estoy más que agradecido, porque usted, ansioso de premiarme por mi prudencia, me ahorró un pleito que me hubiese costado con seguridad unos miles de duros.

JUAN.—¿Y qué tiene que ver?...

MAT.—(*Dolorido.*) ¡Pero, hombre, Juan, caray!... Que haya franqueza. ¿No la merezco yo? ¿O es que yo hago mal en ser franco? Si hago mal, disimule, porque cada uno es como es, y siendo como Dios le ha criado se morirá. Y a lo que iba. A mí lo que me preocupa de esta carta es el daño que a usted le puede causar. Y me preocupa porque entre usted y Ugenio, me quedo con usted. Conque se lo repito, claridá. ¿Le perdono? (*Al notar la estupefacción de su amigo.*) Sin hipocresía, Juan; que en este momento mi corazón por usted es el de un hermano. ¿Le perdono? ¿Le conviene a usted que le perdone?

JUAN.—¿Que si me conviene que perdona usted a mi Eugenio? (*Casi con indignación.*) ¿No es un agravio esa pregunta?

MAT.—(*Con la amargura de la criatura honesta de quien se desconfía.*) No. Siguiendo así, compañero, cerraré el pico. ¡No parece sino que soy yo un trasto que ná se le puede confiar o un bruto que ná comprende!

JUAN.—El que no comprende, el que de pasmo no puede ni reflexionar, soy yo... ¿Por qué no me ha de convenir el perdón de mi hijo? No me convendría si no le quisiera. Pero ¿se figura usted que no le quiero?

MAT.—Basta, amigo Juan, basta; y si se le antoja, pégume unos cuantos cogotazos, por torpe. Pero me disculpa una cosilla; que, la verdad, después de lo pasado creí...

JUAN.—¿Qué creyó usted?

MAT.—(*Como si por un escrúpulo de delicadeza guardara silencio.*) No, nada. ¿En qué voy a seguir? Cuando usted no cae... Y que quizás yo, en su

caso,, y tratándose de un hijo, no cayera tampoco. O pué que no me importara, si caía.

JUAN.—(*Impaciente.*) Si caía, ¿en qué? ¿Qué es lo que pué que no le importara?... No me martirice más y diga lo que se haya empeñado en decir con esa claridá y esa franqueza que me está pidiendo. Porque me imagino que voy comprendiéndole... y de comprenderle ¡me asusto!

MAT.—No es pa tanto. Y ahí va, dicho claramente y francamente, lo que le debo decir. Siendo hoy su mujer la que lo fué de su hijo, ¿le conviene que vuelva?

JUAN.—(*Paralizado por la brutalidad de la pregunta y conturbado por un sentimiento impuro que va apoderándose de su corazón.*) Si Ana fuese, de verdá, mi mujer...

MAT.—Lo es en la iglesia y en 'el Juzgao. Y si nó lo es en la casa... peor pa el que piense a mi manera. Porque si hasta los santos sufrieron tentaciones, ¿qué les pasará a los que ná tienen de santos?

JUAN.—(*Reponiéndose, avergonzado de su debilidad.*) Mu lejos ha ido usté. Tan lejos, que ahora es pa mí cuestión de vida o muerte que venga mi hijo. Y no es porque no me importe lo que usté se figura, que pué ocurrir. ¡Es porque no ocurrirá!

MAT.—(*Sonriéndose bonachonamente.*) Es usté de lo que no se encoramba. Enhorabuena, Juan. (*Dándole una carta.*) Y ahí va el indulto. Como le conozco, traía la carta escrita. Y ya que me he quitao de encima lo que necesitaba quitarme—el peso de la responsabilidad—venga un abrazo.

JUAN.—(*Abrazándole.*) ¿Me acompaña usté? Hay que mandar el indulto ahora mismo.

MAT.—Le aguardaré en el lagar. Ya habrán acarreo mi uva, y Bruno y yo tenemos que ajustar cuentas.

JUAN.—Hasta luego, entonces.

MAT.—Hasta luego. (*Sale Juan por el fondo y desaparece por la derecha.*) ¡Sí, sí, sonríete! Pero la llaga la tiés en mitá del pecho, y de tal modo has de agrandártela, que por ella se te verá el corazón! (*Entra Ana por el arco de la izquierda.*)

ANA.—Buenos días.

MAT.—Dios te guarde.

ANA.—¿No estaba Juan con usté?

MAT.—Ha salío... Bueno, si no te conociera diría que ha salío pa traerte un regalo, pero como te conozco, sé que Ugenio no es un regalo pa tí.

ANA.—(*Gravemente.*) No lo es.

MAT.—(*Desconcertado porque contaba con sorprenderla.*) ¡Ah! Pero ¿no dices más? ¿No se te ocurre preguntarme? ¿Ni curiosidá tienes?

ANA.—(*Dueña de sí misma.*) ¿Y qué le he de preguntar? ¿Acaso no sé que Ugenio no puede venir sin que usté le perdone?... Luego el ir su padre por él, significa que usté le ha perdonao.

MAT.—(*Mirándola con fijeza.*) Y... ¿he hecho bien? ¿Qué opinas tú?

ANA.—(*Con frialdad.*) Que tó el que perdona obra bien.

MAT.—¿Aunque del perdón, que es un buen grano de trigo, brote una mala yerba?

ANA.—El trigo da trigo siempre.

MAT.—(*Con lentitud.*) ¿No me entiendes o no me quées entender? (*Des-*

pués de unos instantes de silencio.) Escucha una cosa que parece que no viene a ná. Cuenta conmigo, acude a mí en cualquier apuro.

ANA.—(*Altivamente.*) ¿A usted?

MAT.—(*Sin alterarse.*) Es una pena, que no te fies de mí, porque tó iría mejor si te fíaras.

ANA.—(*Irónica.*) ¿Pa usted?

MAT.—No me agravies, ya que no te agravio yo. Te quise y te quiero y te querré, porque este cariño que ni a balazos han podío sacarme del cuerpo es mayor que mi voluntad; pero desde que te casaste te he mirao como a una Virgen, y hoy lo único que me preocupa es que tós se preocupen de tu felicidad.

ANA.—(*Con amargura.*) ¿De mi felicidad?

MAT.—O de tu tranquilidad, por lo menos, si no eres feliz. Y si Ugenio voliera enamorao, ¿qué sería de esa tranquilidad tuya?

ANA.—(*En un tono incisivo.*) ¿Cree usted que me la robaría deshonrando a su padre?

MAT.—Creo que un enamorao es un loco.

ANA.—Entonces, usted ¿es un loco?

MAT.—(*Con firmeza.*) ¡Si me quisieras como quieres a Ugenio, lo sería!

ANA.—Pues no lo será Ugenio. Y eso demuestra que no hay un hombre más honrao que él.

MAT.—¿Viviendo su padre?... No lo habría si no viviese Juan. (*Entra Eugenio por la puerta de la izquierda.*)

EUG.—Gracias, Matías.

MAT.—(*Retrocediendo involuntariamente con un asombro en el que hay algo de temor.*) ¡Ugenio! (*Repontándose en el acto.*) ¡Ah! De manera que...

EUG.—Que confiando en usted, en vez de aguardar su contestación, he venío por ella.

MAT.—(*Efusivo.*) ¡Hombre!... ¡No te pués imaginar lo que me satisface tu confianza! Y si me has escuchao...

EUG.—Desde que entró Anita. (*El hastial suspira tranquilizado.*) Creí que se habían ustedes ido, y bajé. Y le aseguro que me estoy curando de mi enamoramiento pa no ser un loco... y por tó le repito las gracias. No sabía yo cómo era usted.

MAT.—Pues como los que no tienen hueco este lao. (*Por el corazón.*) Como tú, próximamente. Sino que reflexiono más que tú, porque soy más viejo. (*Riéndose.*) Ventaja que te cedería. Y pelillos a la mar. (*Tendiéndole la diestra.*) Aquí está mi mano.

EUG.—(*Conmovido.*) Vale usted más que yo, Matías.

MAT.—¡Ah! ¿Sí?... Entonces no te doy la mano. Te doy un abrazo porque lo merece el pipopo.

EUG.—(*Abrazándole.*) Dios se lo pague.

MAT.—Me lo pagará. Pero ayúdala tú, no echando a perder mi faena. Habilidad, Ugenio, que el mundo es de los listos. Y con tu padre, mucho ojo. Estudíale, obsérvale, no sueltes una palabra sin pesarla en tu interior.

EUG.—(*Intranquilo.*) ¿Por qué?

MAT.—¿Por qué?... Pero ¿es que Juan y tú seréis de aquí en adelante lo que son los padres y los hijos?... Camará, que usas unos pantalones mu largos pa hablar como un parvulito.

EUG.—Yo... (*Confuso.*)

MAT.—¿Tú te figuras que tu padre, con lo que te quiere, podrá olvidar que te ha quitao la mujer?

EUG.—(*Con viveza.*) Es que no me ha quitao la mujer.

MAT.—(*Malignamente.*) ¡Cómo! ¿Ana es tuya?

EUG.—(*Vergonzoso.*) Demasiao sabe usted...

MAT.—Pues por eso, porque estoy en autos de tó y porque me sé a tu padre de memoria, meto mi cucharada en esta cazuela. Tu padre, sin quitarte a la mujer—tú me entiendes—, y sin querer quitártela, te la ha quitao. Es su esposa, y ni muriéndose él pué ser ya tuya. Y esa fatalidá es la que le pone blanco el pelo y negro el corazón, como a mí me los pondría. Esa fatalidá y no otras intenciones—¡qué horror!—porque si os ha perdido fué por salvar a esta.

EUG.—Sí, señor.

MAT.—Conque mueha habilidá, mucho cuidao y tiento hasta pa lo más mínimo. La cara humilde, la palabra alegre, los ojos confiados. Y manteniéndote en un pie, como las grullas, sobre tó en el trato con Ana, procura que, viéndote cariñoso con ella, se asegure de tu perdón. Y... casi no me atrevo a decírtelo...

EUG.—Hable usted, que no es un desagradecido el que le escucha.

MAT.—(*Disimulando la malicia de la recomendación con una sonrisa bonachona.*) Verdá que no lo eres. Y como tampoco eres una criatura cerrá de mollera, te lo diré: no tengas celos.

EUG.—(*Más avergonzado que iracundo.*) ¿Celos de él, Matías?

MAT.—(*Enérgico.*) ¡De él y hasta del aire que respire Ana, porque si estás curándote, todavía no te has curao! Ca hombre lleva un enemigo en su interior, sino que en algunos este enemigo se pudre con ellos en el ataú, sin haber despertao en la vida, y en otros despierta y lo deshace tó como una racha de solano. Qu tu enemigo no despierte, pa que el de tu padre siga durmiendo.

ANA.—(*Acongojada.*) ¿Por qué nos asusta usted?

EUG.—(*Con encogimiento.*) Yo no soy un malvao.

MAT.—Ni tu padre. Y sin embargo, su enemigo, que es la soberbia, se le pondría de pie en el corazón en cuanto te descuidaras. No te descuides. Es decir, no huyas de Anita, pero no la busques; no seas despegao con ella, pero guárdate de mirarla, y, sobre tó, si alguna vez estáis a solas—como estaréis, por vivir juntos— no lo digas.

ANA.—(*Sublevándose.*) Pero señor...

MAT.—(*Atajándola con autoridad.*) Ni tú tampoco. ¿Te figuras que le gustaría a tu marido?... Y empieza por no decirle a tu padre que viste a Ana antes de verle a él, y que te escondió.

EUG.—(*Con la misma timidez que si fuera culpable.*) Es que me ha escondió...

MAT.—(*Interrumpiéndole.*) ¿Me hacen a mí falta explicaciones?... (*A la mujer al sonar la aldabilla del portón.*) Y vete, por si es Juan.

EUG.—(*Viendo que Ana le interroga con los ojos.*) Vete. Será mejor. (*Sale Ana por el arco de la izquierda, y Matías cruza el patio para abrir el portón.*)

MAT.—(*Alegremente.*) Prepárese pa una sorpresa, Juan. (*A Eugenio.*) Tú, sorpresa, ¿no has oído?

(*Eugenio, anhelante, corre hacia el patio al entrar Juan seguido por don Claudio, y le abraza trémulo de emoción.*)

EUG.—¡Padre! ¡Padre!

JUAN.—(*Con menos enternecimiento que sorpresa.*) ¡Eugenio! ¡Hijo mío!

CLA.—Y para este viejo infeliz, ¿no hay nada?

EUG.—(*Abrazándole.*) Don Claudio.

JUAN.—Pero ¿cómo has venido sin?...

MAT.—(*Risueño.*) ¿Sin el indulto? Pues pa hacernos perder la carta y el viaje de quien la lleve. Y pa algo más: pa darme un alegrón, porque al venir por la respuesta ha demostrado que se fía de mí. (*A Juan.*) Vaya otro apretujón si se le antoja, que me lo llevo.

JUAN.—(*Sorprendido.*) ¿Usté?

MAT.—(*Sonriéndose.*) No se espante, que le devolveré la prenda. Me lo llevo pa que le dé un abrazo mi hermano, que toavía le manca sin tragarle, y quedemos así en paz y en gracia de Dios.

CLA.—(*Al mozo.*) Eso es lo primero. Ve.

MAT.—¿Y no será lo segundo que nos vea el pueblo en amor y compañía pa que le dé su mercao a los chismosos?... ¡Hale, Ugenio! Y destapa el costal de la risa, porque van a osequiarnos con ca mohín... Más de uno y más de una, reducidos al silencio, se envenenarán con su propia lengua. (*Cogiéndole por el brazo.*) ¡Hale! (*Van hacia el patio para salir por la derecha.*)

JUAN.—(*Meditabundo después de un corto silencio.*) No la hemos llamao.

CLA.—Luego la verá.

JUAN.—Sí. Pa diez minutos que tarde... (*Dolrosamente después de una pausa.*) ¡Es increíble!

CLA.—¿Qué

JUAN.—(*Sin mirar al sacerdote.*) ¡Es increíble! ¡Es una vergüenza increíble, increíble, increíble!

CLA.—(*Alarmado.*) ¿Qué tienes, Juan?

JUAN.—(*Procurando rehacerse.*) ¡Ná! ¡No tengo ná! ¡No puedo tener ná, porque no soy una fiera! Soy un hombre, ni mejor ni peor que los otros hombres... y si esto no se me pasara... ¡Pero se me pasará o me romperé la cabeza!

CLA.—¿Qué es lo que se te pasará?

JUAN.—(*A punto de llorar.*) Me romperé la cabeza. ¡Es horrible, espantoso! ¡Es pa sacarse el corazón del pecho y patearlo!

CLA.—(*Trémulo.*) Háblame, Juan. Yo no soy para ti un sacerdote únicamente; soy también un amigo.

JUAN.—(*Exaltado.*) Porque no me conoce usté. (*Golpeándose la frente.*) ¡Porque no sabe usté lo que hay aquí! Cuando le abracé, ¿no me miraba? ¿Y no se fijó usted en la cara se me había encapotado al verle?

CLA.—(*Con dolor.*) ¿Al ver a tu hijo?

JUAN.—¡Al ver a mi hijo, al ver a mi hijo! ¡Si ya tenía el puñal clavao cuando entró! ¿Te conviene que vuelva?, me preguntaba hace media hora Matías, y le contesté yo como si me enfadase la pregunta: ¿No me ha de convenir? ¡Y no me convenía! Y pidiéndole que perdonara, ¡espántese usté!, me escocía en el fondo que perdonara.

CLA.—(*Con horror.*) ¡Juan!

JUAN.—(*Con un dolor trágico.*) ¿Por qué me pasa esto? ¿Qué es lo que me ha cambiao lo que en los hombres no cambia nunca?... He querido a Eugenio como no se pué querer más. Cuando él nació creí que se había agrandao la tierra; y cuando estuvo a la muerte, pensé que entre las sábanas de su cuna iba a morirse el mundo. Era mi ilusión y mi orgullo... y le acabo de abrazar no como se abraza a la propia carne, sino como se abraza a una carne enemiga.
a la propia carne, sino como se abraza a una carne enemiga.

JUAN.—¡Sí, don Claudio! He pretendido mirarle como a un hijo, y le he mirao como a un hombre. He pretendido recordar sus caricias de pequenín, sus listezas de chiquillo y sus atrevimientos de muchacho, y sólo he recordao la pregunta: ¿Te conviene que vuelva?, pa contestarme que no, que no me conviene. ¿No es espantoso? ¿Qué es esto que me ha ennegrecío hasta la luz del sol? (*Llorando con rabia.*) ¡Estoy embrujao, estoy embrujao, estoy embrujao!

CLA.—(*Con honda tristeza.*) No, Juan; estás enamorado.

JUAN.—(*Con tanta vergüenza como ira.*) ¿Qué dice usted? ¿Por quién me toma usted?

CLA.—(*Con mansedumbre.*) Estás enamorado, y lo estarás aunque me insultes y me pegues.

JUAN.—(*Conteniéndose.*) ¿Insultarle a usted?... A otro le arrancaría la lengua, pero a usted, que es un santo y que es mi amigo... Ahora, que reflexione por Dios y no me agravie, que no lo merzoo. Bien sabe que la idea del casorio no se me ocurrió.

CLA.—Se me ocurrió a mí. Pero te casé con Anita para que no se avergonzara, para que protegieras a tu nieto y para que junto a ella fueses un padre y no un marido.

JUAN.—¿Y se figura usted?...

CLA.—Yo te hago justicia. Le hago justicia a tu honradez y a tu lealtad... y te compadezco. Pero la compasión no me ha de impedir que te ordene, y con toda mi energía, que le pongas una mordaza a tu corazón. Se te ha sublevado y hay que reducirlo. Pórtate como quien eres, Juan.

JUAN.—¡Pero si usted se equivocal... ¡Si no estoy enamorado!... ¿Iba yo a escoger lo que antes escogió mi hijo?... ¿Soy yo capaz de esa infamia? ¡Es que estoy embrujao! Y porque estoy embrujao no se me ablandan las entrañas delante de él y me duele que esté aquí.

JUAN.—(*Severo.*) Te repito que te portes como quien eres, Juan.

JUAN.—Y eso ¿qué significa? Porque fíjese en que hoy, a pesar de los pesares, Ana es mi mujer. ¡Mi mujer! ¡Mi mujer!

CLA.—(*Recriminándole con dulzura.*) ¿Y temes que te deshonne tu hijo?... ¡Hermano, hermano, líbrate de estos torpes recelos!

JUAN.—(*Conteniendo los sollozos.*) ¿Y cómo, y cómo? ¡Me da asco de mi suicidad! ¡Me da asco de mi bajonería! ¡Tengo agusanao el corazón!

CLA.—Pero alégrate, porque ahora que lo has descubierto, sanarás. Pídeselo a Dios y sé firme y voluntarioso.

JUAN.—(*Con energía.*) No me faltará la voluntad. (*Entra Eugenio en el patio por la derecha y pasa inmediatamente a la habitación.*)

CLA.—¿Qué tal la hermana?

EUG.—Tan buena como el propio Matías. (*Esforzándose por sonreír.*) Ya se arregló tó, padre.

JUAN.—(*Sombriamente.*) Sí. Lo que tenía arreglo, ya se arregló. (*Abrazándole de súbito y hablándole con la voz mojada en lágrimas.*) ¡No me guardes rencor!

EUG.—(*Conmovido.*) ¡Padre!

JUAN.—¡Te juro que no fué mía la culpa! Creímos que te denunciaría en sus últimos instantes, que no podrías volver...

EUG.—No siga usted, por lo que más quiera. ¿No sé acaso que usted se sacrificó? La culpa no ha sido de nadie, o ha sido de mi genio. Y no hay que desenterrar lo que Dios ha enterrao... ¡El sabrá por qué!

JUAN.—(Con una sombra de recelo.) ¿La has visto ya?

EUG.—(Con firmeza.) No, señor.

CLA.—Ahí viene. (Llamando desde el arco de la izquierda) Anita, Anita. (Entra Ana. La violencia que le causa verse entre Eugenio y su padre, lo toma Juan por sorpresa, y esta interpretación le impide sospechar que se han visto.) Salúdale, mujer. (Animando a Eugenio con su sonrisa.) ¿Y tú, qué haces?

EUG.—(Con alguna timidez, ofreciendo la diestra a Ana.) ¿Cómo estás?

JUAN.—¿La manó? Siendo mi mujer es como si fuera tu madre. (Empujando al mozo.) Abrazala. (Se abrazan con encogimiento; Juan sonríe, pero clavándose en el pecho las uñas dolorido y celoso.)

ACTO TERCERO

En la misma estancia; la flores del patio, que empiezan a amurriarse, ateridas, exhalan sus últimos aromas entre la tibia luz de un pálido otoño. Ana, que luce el traje gris de seda, y que ha doblado la mantilla cuidadosamente, va a salir por la izquierda, cuando Eugenio, también con los trapitos de cristianar encima, entra por el fondo.

EUG.—(Ceñudo.) Hazme el favor.

ANA.—(Cohibida.) Tu padre está en el lagar. Y si entra y nos ve solos...

EUG.—¡Qué crimen! ¿eh?

ANA.—Como a él se lo parece... Le diré a Carmen que barra el patio.

EUG.—(Con amarga ironía.) Pa que nos vigile, ¿verdá? Porque, sin testigos, ¿qué harían dos criminales como nosotros? (Con resolución.) No, no; deja a la muchacha. Y que nos sorprenda mi padre, si nos espía. Me da igual, porque me voy. Pronto y pa siempre.

ANA.—(Inmutándose.) ¿Otra mala novedá?

EUG.—¿Pero pasamos algún día tranquilos?... Otra mala novedá. Y tan mala

que acabó con mi aguante. Ha sido por el Canalero, que escupe hiel pura desde que mi padre le pateó.

ANA.—¿Y te ha desafiado?

EUG.—¡Ojalá! Me ha cogido al salir de la iglesia, y delante de todo el mundo, envalentonado por la bebida, el muy canalla me ha pedido perdón por... ¿no te lo figuras?, por haber requebrao a "mi mujer". A "mi mujer", ¿comprendes? Pero esto no fue ná comparao con lo que largó cuando le dije que le hacía desbarrar la borrachera. Pareció que se había roto un sumidero. Que mi padre me había robao la hembra; que si ahora no chistaba, por temor, me asesinaría en cuanto pudiese; que conociendo nosotros sus intenciones, le daríamos un jicarazo pa que-rrnos con tranquilidad... Y claro, le pegué pa que se callara, y disparó pa asusarme, y perdí los estribos y le quebré los dientes con su misma pistola.

ANA.—(Con temor.) ¡Dios mío, cuando lo sepa!... ¡Dios mío!

EUG.—(Un poco desdenguado.) Cuando lo sepa, sabrá también que me voy.

ANA.—Y tu ida, ¿no dará el mayor escándalo?

EUG.—Quizá. Pero como será el último... ¡Si no debí volver! ¡Si mi brutalidad no tiene perdón!

ANA.—Sí, vete. Pa estar como estamos... ¡Yo no puedo más! ¡Esto de vivir como criminales, sin ser criminales, pesa demasiado, señor!

EUG.—¿Sin ser criminales? No lo serás tú. Yo lo soy. Yo lo soy, porque aunque ya estés pa mí más alta que las estrellas, te quiero.

ANA.—¿Y no te quiero yo? Pero ¿acaso me comprometí a no quererte?... Que me pidan fidelidad. Ahora, que no me exijan olvido. ¿Qué más desearía yo que perder la memoria o morirme?

EUG.—¡Morir! ¡Ese es el remedio único!

ANA.—(Sombriamente.) Pa mí, porque todo caerá sobre mis espaldas.

EUG.—No, en eso no tienes razón. ¿Por qué ha de caer?

ANA.—¡Por qué!... ¡Por qué!... Antes, ¿qué érais tu padre y tú? Una persona con dos cuerpos; un corazón y un alma pa dos cuerpos. Y hoy cada uno tiene su corazón y su alma... ¡porque vine yo aquí!

EUG.—¡No! Porque mi padre ha cambiado. ¿La razón? No la sé. Lo que sé es que no se fía de mí; que a mí, a su hijo, a la criatura que más le quiere y le respeta, le mira como miraría un marido celoso a un hombre enamorado de su mujer. Y fíjate en mi cara y verás que sólo de figurarme lo que se figura, me la pone colorá la vergüenza. (Entra en el patio por la derecha Matías. Viste de negro y con pujos de elegancia.)

ANA.—(Al verle.) ¡Calla!

MAT.—(Socarronamente, al entrar en la habitación.) Hola, tórtolos.

EUG.—(Adusto.) ¡Alto, Matías! Se les llama tórtolos a los que se arrullan y nosotros no nos arrullamos.

MAT.—(Risueño.) ¿Te vas a ofender?

EUG.—Por lo que me hiera, aunque me pegara usted, no; pero por lo que hiera a la mujer de mi padre, que heriría a mi padre, sí.

MAT.—(Fingiendo un noble enfado.) Hombre, merecías que te contestara en serio por desconsiderao y por picajoso. ¿No has comprendido que hablaba con cáscara? He dicho, hola, tórtolos, por no decir, hola, hienas; hola, tigres, ya que os tratais como supongo yo que se tratarán los tigres y las hienas.

EUG.—(Medio corrido.) Siendo así, dispénsame usted.

MAT.—(En hombre superior.) ¿Ves, Ugenio? ¿Qué necesidad tenías de discul-

parte?... Mide los conceptos y pesa las palabras. Y ¡ojó! que no es que te aconseje yo pensando en mí, puesto que conmigo siempre estarás disculpao; sino pensando en los demás y especialmente en tu padre. En tu padre, porque lo que hacéis Ana y tú, ¡qué demonio! ¿No es pa que sospechara hasta un marido de mármol?

EUG.—(Confuso.) ¿Qué hago yo?

MAT.—¡Caray hombre, Ugenio!

ANA.—No, no. Conteste. ¿Qué hacemos? ¡Conteste!

MAT.—(Con una resolución toda bonachonería.) Pues tú, tener la cara de vinagre desde que amanece Dios hasta que te acuestas; callar cuando se habla de Ugenio; no mirarle ni por casualidad... Y como él también se calla si recae sobre ti la conversación, y como tampoco te mira, y como el vinagre de su cara es más de yema que el de la tuya, ¿qué va a imaginarse Juan? Lo que se imaginaria cualquiera: que no le habéis perdonao, que os estorba...

ANA.—¡Matías!

MAT.—¡Pero si parece que os empeñais en buscar conflictos! La faena que Ugenio se cargó esta mañana, ¿tié disculpa?... (Dirigiéndose al mozo.) Y que el tropezón, hijo mío, es de mal arreglo. No quería referirme a él, pero las palabras se me pudrían en la boca y me harían daño. ¿Por qué no dejaste pasar el chaparrón?

EUG.—(Con acritud.) ¿Puede?

MAT.—Por lo ménos, pa no mojarte, pudiste abrir el paraguas. A la prudencia me refiero.

EUG.—¿Largándome?

MAT.—A un borrachín se le huye, sin que con la huida se pierda ná. Pero, amigo, te empeñaste en defender a esta...

EUG.—Más que a Anita, a mi padre.

MAT.—¿Y te figuras que la defensa le hará gracia? (Juan, que viste el terno de las grandes solemnidades, entra por el arco de la izquierda. Trae los ojos llenos de cólera y los labios apretados como para impedir que se le escapen las palabras hirientes. Al ver a Matías procura disimular.)

JUAN.—Celebro encontrarle aquí, porque le quiero consultar sobre un asunto. Espéreme, si no tié prisa.

MAT.—Ninguna.

JUAN.—(A Eugenio.) En el lagar están pesando. Haces falta. (Salen Juan y Eugenio por el arco de la izquierda.)

MAT.—(Fingiendo una triste preocupación.) Esto va como un caballo desbocado.

ANA.—Ya se cansará el caballo de correr.

MAT.—¿Y si no se cansa o revienta llevándote en el lomo?... No te fíes, que son muchos los látigos y las espuelas que lo castigan. Ya se ha echao sobre vosotros el pueblo en masa.

ANA.—¿Y qué le hemos de hacer?

MAT.—Si tú no fueses como los corderos—que lamen la mano que les va a degollar—te aconsejaría que te defendieras.

ANA.—(Friamente.) Pues si soy así... Y que nadie me va a degollar. No he hecho daño y no tengo enemigos. (Después de una pausa.) Ni usted debe ser enemigo mío.

MAT.—(Algo desconcertado.) ¿Y no?

ANA.—Porque si a usted le hirieron por mí, yo no le di alas pa que me pretendiera. Y además, que al herirle a usted, a mí me mataron.

MAT.—Y curao ya, ¿no me vi muerto también?... De ese modo, media humanidad está muerta. Tú perdiste a Ugenio y yo me quedé sin ti, ganándome encima dos balazos pero tú perdiste a Ugenio teniéndole, y yo no perdí más que la esperanza de tenerte. Y como la diferencia era mucha, te indemniqué.

ANA.—(*Adusta y recelosa.*) ¿Cómo? ¿Cree usted que me ha hecho un favor perdonando a Eugenio?

MAT.—Eso es lo que me apena. Que por ir de buena fe, en vez de hacerte un favor te he perjudicao.

ANA.—No. Perjudicarme, tampoco.

MAT.—Sí, te he perjudicao, porque tós los quita honras del pueblo están cebándose en ti. ¿Y quién presume lo que pué pasar con lo manilargo que es Ugenio y con el genial que tié su padre? (*Como si le hubiese ocurrido un pensamiento salvador.*) Si tú quisieras...

ANA.—¿Qué?

MAT.—Si tú quisieras o pudieras escucharme como a un hermano...

ANA.—(*Intencionadamente.*) O como a un padre. ¿Por qué no?

MAT.—Pues si me escucharas así, con absoluta confianza, te recomendaría que te marchases.

ANA.—(*Con asombro.*) ¿De aquí?

MAT.—De esta casa y de este pueblo. ¿Pa qué? Si no fueras como eres, te diría que pa ser feliz. Siendo como eres, te diré que pa que los demás no sean desdichaos. (*Persuasivamente.*) Vamos a ver, entre Ugenio y Juan, ¿hay el trato que debe haber entre los padres y los hijos? No. Y no se miran como hijo y padre, porque los chismosos aseguran que Ugenio y tú... ¿Estamos? Y aunque ni se arrime el dicho a la verdad—que bien sé que no se arrima—, un esposo es siempre un esposo. Esposo antes que padre, si le hurgan en la dignidá, porque en los hombres el orgullo pué cien veces más que el cariño.

ANA.—(*Con firmeza.*) Si por mí se odiasen, me iría. (*Desafiándole.*) Pero sola.

MAT.—(*Como si le encendiese una generosísima indignación.*) ¡Ya está! ¡Ya salió a relucir la sospecha! “¡Sola!” Esto es, sin mí. ¡Como si hubiese aconsejado pa aprovecharme!... No, mujer, no. Te marcharías sola. Claro es que yo, que tengo una casa en un pueblo desde el cual ni se divisa el tren y que está de aquí a doscientas leguas, si me lo pidieses, te llevaría a ese nido. Pero acompañándonos mi hermana y sin que esperase tanto así de premio. Porque tú eres honrá pero no me ganas a honradez.

ANA.—(*Mirándole con fijeza.*) ¡Y pensar que hasta ahora no he acabao de conocerle! Yo no le tenía por bueno; pero ¿cómo me iba a imaginar que era usted un demonio?

MAT.—(*Como si se hubiese emocionado.*) ¡Ana!

ANA.—(*Con agresivo desdén.*) ¿Cómo iba a adivinar lo que se proponía?... Pero no conseguirá usted nada. Ni colocará frente a frente a Eugenio y a mi marido, pa perderlos con sus maldades, que es lo que ha intentao, ni logrará que yo, despreciada y aborrecida, caiga en su poder. ¡Ellos no olvidarán que su sangre es la misma, y yo me creería más honrada que entre sus manos de usted vendiéndome por los caminos!

MAT.—(*Simulando con cierta habilidad que le abruma el dolor.*) ¡Bien, preciosa, bien! Ya... el salivazo es lo único que falta. ¡Escúperme, escúpele a este

mal bicho traicionero y cobarde! (*Pasándose el pañuelo por los ojos como en sus lagrimales pudiera haber la más leve humedad.*) Dudas. Yo creí que por lo menos mi hombría de bien era una cosa indiscutible... Y soy un Judas, un farsa, una bestia feroz. (*Levantando los ojos con la expresión de un mártir.*) Paciencia, que arriba está, con la balanza que no marra, el que a tós ha de juzgarnos.

ANA.—(*Bajando la voz, porque ve a Juan.*) Cuando nadie nos interrumpa, seguiremos esta conversación. (*Sale por la puerta de la izquierda.*)

MAT.—(*Con un rencor diabólico.*) ¡Tú te arrepentirás! ¡Pero será tarde cuando te arrepientas, imbécil. (*Entra Juan por el arco de la izquierda.*)

JUAN.—Me han entretenido los pisaos. Dispense. ¿Té algo que hacer?

MAT.—Escucharle. (*Con una serenidad absoluta.*)

JUAN.—Entonces, asiento. (*Con una serenidad absoluta.*) Usted supondrá lo que voy a preguntarle.

MAT.—(*Después de aparentar que reflexiona.*) No caigo, Juan.

JUAN.—¿Habiendo presenciado lo del Canalero?

MAT.—(*Como si le asquease la conducta de la multitud.*) ¡Cochina gente!... ¡Ya le han ido a usted con el cuento? ¡Si en este poblacho no se pué vivir!

JUAN.—Me han referido el cuento y me han referido también otras particularidades. Y, como me interesa, le agradecería que me informara.

MAT.—(*Como si le contrariase la petición.*) En mí manda usted. Pero, ¿es que le van a servir mis informes?... Cuando se anda con la mosca en la oreja, lo más mínimo le roba a uno la tranquilidad.

JUAN.—Pa el que inora lo que quíe saber, no hay tranquilidad, Matías. Conque abra el pico. El Canalero, ¿estuvo anoche en su casa de usted?

MAT.—No.

JUAN.—Eso no es de amigos, Matías. Estuvo. Le vieron salir a las doce.

MAT.—Soñaron que le vieron...

JUAN.—(*Adusto.*) Bruno, que fué el que le vió, no sueña.

MAT.—(*Fingiéndose que se azora.*) ¡Maldito sea el poblacho mil veces!... Pues sí, señor, estuvo. Y estuvo porque yo le llevé, porque como él es un bestia, empezó a desbarrar a costa de ustedes en la rebotica, y quise ponerle un freno. Porque yo cuando le digo a una prsona que soy su amigo, soy su amigo hasta la paré de enfrente, Juan.

JUAN.—Gracias, Matías. Y vengan los informes. ¿A santo de qué desbarraba?

MAT.—Pero, criatura, ¿no le pegó usted? Si usted no lo recuerda, él, que es más rencoroso que un mulo, lo tié mu presente. Y así, al volver Ugenio, se relamió como un zorro delante de un gazapillo, figurándose que por estar aquí el muchacho gracias a mi caridá, no se atrevería ni a levantarle la voz, aunque él, por vengarse, ensuciara a todos ustedes, en público, con sus mentiras. Y Ugenio, efectivamente, no levantó la voz. Pero ¡levantó la mano con unas agallas, y la dejó caer con un brío!...

JUAN.—(*Friamente.*) Propasándose, porque me tocaba a mí pegar como el más insultado que era.

MAT.—(*Con un candor admirablemente.*) ¿Usted el insultao? ¿Quién le ha dicho semejante infundio? ¡Pero si a usted ni le ofendió, Juan! Quería vengarse de usted con su hijo, y a él y na más que a él le sacudió el solano. El era el perverso, el infame sin moralidá ni religión. ¿Pero usted?... ¡Pues si hasta dijo que usted, encariñao con ellos como un padre, les dejaba quererse!

JUAN.—(*Trémulo de cólera.*) Ese dicho es el que hay que poner en claro, porque él aseguró que le costaba. ¡Lo juro! Si usted no ve la maldad, yo sí la veo.

MAT.—(*Como azorado.*) Hombre, Juan...

JUAN.—¿Pa qué afirma que yo, encariñao con ellos como un padre, les dejen querer? Pa que se tome ese embuste por una verdad, y pa que así nos hundamos todos hasta la boca en el mismo cieno. Por eso voy a exigirle pruebas.

MAT.—¿Y qué va usted a sacar en limpio? Le contaré lo que ya le ha contado a medio pueblo pa demostrar que la parejita se arrulla y chanfi.

JUAN.—¿Y qué es lo que ya ha contado?

MAT.—Tonteras. Que el día que llegó entró Eugenio aquí, escondiéndose por los corrales, y que él, que le había seguido por curiosidad, le vió por ese arco cuando abrazaba a Anita. (*Riéndose.*) Crímenes horribles, ¿verdad?

JUAN.—(*Conteniéndose, pero livido de angustia.*) Pa unos serán crímenes y pa otros no serán crímenes.

MAT.—(*Asestándole otra puñalada.*) ¡Pa nadie, Juan! Se escondió por miedo a que yo le descubriera, y si la abrazó, que de eso ya no estoy seguro...

JUAN.—Pero de lo otro, de que entró a escondias, sí está seguro.

MAT.—¿Y qué? (*Como si no comprendiera el alcance de su afirmación.*)

JUAN.—(*Con moderación.*) Que pa mentir—y no quiero ofenderle—hace falta más memoria.

MAT.—¡Juan!

JUAN.—Al día siguiente de venir Eugenio, usted—y sin que yo se lo preguntara—me dijo que había entrado por la puerta de la calle estando usted en esta habitación.

MAT.—(*Como si le pensara contradecir.*) Vamos por partes.

JUAN.—Y añadió usted que cuando entré yo acababa de llegar. ¿A qué viene ese engaño?

MAT.—(*Con generoso desabrimiento del hombre de bien que confiesa un error.*) ¡Merecía que me ahorcasen por idiota! ¿Quién me manda salirme de mi camino?... Pero, en fin, me disculpa mi intención, que era honrá. (*Apuñalándole de nuevo.*) Fíjese que aquel día estaba yo preguntándole a Anita por usted, cuando Eugenio, que se había escondido en su alcoba, se me presentó.

JUAN.—(*Enronqueciendo de súbito.*) ¡Ah! ¡Salía de mi alcoba!

MAT.—(*Como si no le hubiese oído.*) Me indigné, la verdad, y con esta franqueza mía que tantos enemigos me ha proporcionado, les puse los puntos sobre las íes. "Caramba, hijitos, que no basta con tener buenas intenciones, porque de buenas intenciones está empedrado el Infierno. Que hay que estudiar lo que se habla, y hay que medir lo que se hace, y hay que mirar dónde se mete uno. En la alcoba de un matrimonio sólo entra el matrimonio, y pa entrar en la casa, al marido hay que saludarle antes que a la mujer." Indirectas que cogieron en el aire los dos, que les hicieron pedirme, convencidos de mis razones, que no dijera ná, que como yo no sospechaba ná de ellos, motivaron el que le engañase a usted en beneficio de toda la familia.

JUAN.—(*Disimulando su creciente angustia.*) Y usted, ¿por qué no sospechó ná malo?

MAT.—Hombre, Juan, caray, porque tengo sentido común. Entró en la casa a escondias huyendo de mí, y se coló en la alcoba cuando me sintió llamar pa que yo no le descubriese. Lo hizo tó por miedo.

JUAN.—(*Sombriamente.*) ¿Por miedo?... Le digo otra vez: Matías que así no

habían los amigos. Si le tenía miedo, ¿cómo se le presentó? Con miedo, ¿no es lógico que hubiera continuao escondido?

MAT.—(*Cual si le hubiera aplastado la réplica.*) Es verdá. (*Enérgicamente y como si se rehiciera.*) Pero de tós modos... ¡No, Juan! Es usté más listo que yo, tié usté más oratoria que yo y me ganará si discutimos. Por eso no discutiré. Ahora que, sin discutir, sostendré en lo más alto mi bandera. No es que yo—que no soy ciego—vaya a negar que se atraen los muchachos. Se atraen porque hubo lo que hubo y porque la juventú es la juventú. Pero más miraos y más decentes, ¿se encontrarían? ¡A que no!... ¡Y mal tiro me den por bruto! Vamos, mal tiro nos den—aunque fueran pa usté los tacos y pa mí la bala—, porque somos los culpables de lo que ocurre. Acuértese de aquello que le pregunté. ¿Le conviene que vuelva?

JUAN.—(*Sin dirigirse a él.*) ¡Era mi hijo!

MAT.—(*Enconándole las heridas.*) Y es su hijo. Y esa es la suerte. Porque aunque usté quiera a la muchacha como un padre, si la rondase cualquiera se encelaría, que es lo natural. Pero ¿va a tener celos de su hijo? Pues en no habiendo celos... Y deje que se dispare mi franqueza; a usté, después de to, ¿qué le importa que critiquen los maliciosos? Y llevo a más, ¡qué caray! Si se quieren los chicos, a usté ¿qué le importa que se quieran?

JUAN.—A usté, en mi caso, ¿no le importaría?

MAT.—(*Riéndose.*) Pero yo ¿soy tan bueno como usted?

JUAN.—(*Conteniendo la cólera.*) Quié decir tan simple, ¿verdá?... Porque un hombre bueno es un hombre simple. Pues se equivoca usté, Matías. No soy tan simple, y como no lo soy, me importa que critiquen los maliciosos y me importa que Ana y Eugenio se porten igual que si hubieran olvidao, que soy su marido ella, y él que soy su padre. Y de tal modo me importa, que ahora mismo voy a arreglar la cuestión.

MAT.—(*Como si se sobresaltara.*) Con tiento.

JUAN.—Estará el tiento en que no falte la claridá.

MAT.—Algunas veces, la mucha claridá ciega.

JUAN.—(*Resuelto.*) Nunca me ha cegao y no creo que hoy me ciegue. Lo único que he de exigir es limpieza; que los que están junto a mí, vivan con limpieza. Y pa que vivan así, desde ahora ca uno ocupará su sitio y obrará con tanto miramiento como si fuesen de cristal las paredes. (*Dándole la mano.*) Y gracias por sus informes, Matías.

MAT.—En el lagar aguardaré.

JUA.—Mándeme a Ugenio dentro de un rato.

MAT.—Bien. (*Sale por el arco de la izquierda.*)

JUAN.—(*Temblando de angustia.*) ¡Ilumíname, Dios mío! ¡Ayúdame! Ponle una careta a ca una de mis palabras y échale encima cien años a mi corazón pa que no me empuje. (*Llamando desde la puerta de la izquierda.*) ¡Ana!

ANA.—(*Dentro.*) En seguida voy.

JUAN.—¡Calma, calma! (*Entra Ana por la puerta de la izquierda. Viste un traje casero de luto.*)

ANA.—(*Con una inquietud que procura disimular.*) Malo. No me gusta verle con ese fuño.

JUAN.—(*Despechado.*) Ni a mí tenerle.

ANA.—Si no se fiara de cierta gente...

JUAN.—(*Finamente irónico.*) Sí; convendría que no me fiara... y de aquí en

adelante no me fiaré... (*Quitándole acritud a la voz.*) Y una pregunta, porque pa hacértela te he llamao. ¿Tíes algún motivo de queja contra mí?

ANA.—(*Sorprendida.*) Ninguno. (*Con súbita decisión.*) ¿Y usted contra mí?

JUAN.—(*Enardecido por el ataque.*) ¿Y si yo lo tuviese?

ANA.—¡Ah! (*Con la cobardía que produce lo inesperado.*)

JUAN.—Pero, si yo lo tuviese, pué que creyeras que lo tenía sin razón, porque yo me comprometí a ser tu esposo sin serlo y tú no te comprometiste a ná.

ANA.—(*Enérgica.*) Conmigo misma, a respetarle y a quererle como a un padre.

JUAN.—¡Justo! Como a un padre. Y así, quizás me hayas respetao. Pero en nuestra situación, ¿no debías haberme respetao como a un mario? ¿No debías haber mirao por mi honra como se mira por la honra de un mario?

ANA.—(*Descompuesta.*) ¿Pero qué es lo que dice? ¿Qué he hecho pa que me escupa ese horror a la cara?

JUAN.—(*Sarcástico.*) ¡Ah! ¿Tú no lo sabes?... ¡Pobre inocente, que no lo sabe!

ANA.—(*Con fiereza.*) ¡No señor! ¡No lo sé! ¡No sé a qué se refiere! (*Empavorecida.*) Porque al acusarme, como me acusa, no pensará en su hijo.

JAN.—(*Enardeciéndose.*) ¡Tú le has nombrao!

ANA.—¡Yo, yo! ¡Sí!

JUAN.—¿Y por qué le has nombrao? ¿No me das derecho a sospechar al nombrarle?

ANA.—(*Retándole con el gesto.*) A sospechar ¿qué?

JUAN.—(*Con violencia.*) Que le quieres. ¡Ya está dicho! ¡Le quieres, le quieres! ¡Es mi hijo y le quieres!

ANA.—(*Desafiándole.*) ¿Y prometí yo no quererle? ¡Le quiero y le querré viva y muerta! ¡En este mundo y en el otro! Pero este cariño, ¿le disgusta a usted? ¿Le sorprende siquiera? ¿Se figura que no miro por su honra queriendo a Eugenio? ¡Declárelo usted! ¡Atrévase! ¡Diga si le deshonra este cariño que ni ha pecao ni pecará!

JUAN.—(*Alterándose visiblemente.*) Y el que exista, ¿no es ya un pecao?

ANA.—(*Con acritud.*) Si mi esposo fuese un hombre que me quisiera y al que debiese yo querer, lo sería. Pero... ¡es usted mi esposo!

JUAN.—(*Despeñándose perturbado por los celos.*) ¡Un esposo ridículo! ¡Un esposo que no te podría querer porque hasta las piedras se reirían de sus arrugas y sus canas!

ANA.—¡No! ¡Hasta las piedras llorarían! ¡No haría usted reír; haría usted llorar, porque yo fui la madre de su nieto!

JUAN.—(*Procurando esconder su llaga.*) ¡Descuida, que nadie reirá ni llorará, porque si no fuese quien soy, mi vejez me amarraría! Quiere a mi hijo, pero sin olvidar que eres mi mujer. ¡Pa tó el undó! Y pa Eugenio más que pa tó el mundo, ya que entre nosotros hay algo que no se pué dividir: la honra. Los tres tenemos la misma, y si uno pierde, la pierden los demás. ¡Y yo no he de consentir que me la robéis!

ANA.—(*Avergonzada y dolorida.*) ¿Nosotros? ¡Nosotros tres tenemos la misma, y si uno la pierde, la pierden los demás. ¡Y yo no he de consentir que me la robéis!

ANA.—Pero... (*Desconcertada.*)

JUAN.—¡Tengo ojos que ven, y oídos que oyen, y fuerzas pa quebrar a los que intenten robarme... ¡Cumple con tu obligación, Ana!

ANA.—(*Rehaciéndose.*) ¡Ah, no, no! ¡Esto no se puede aguantar! ¿Cuándo he faltao yo a mi obligación?

JUAN.—¡Te repito que veo y oigo!

ANA.—Pero ¿qué ve usted y a quién oye usted que me acuse? (*Con valentía.*) ¡No, no! Se habla con más claridá. ¿Cree que somos capaces Eugenio y yo?...

JUAN.—¡Sí! (*Interrompiéndola con desatada furia.*)

ANA.—(*Aterrada.*) Pero entonces...

JUAN.—(*Mordido por los celos con una angustia y una rabia que oscurecen su razón.*) ¡Sí, sí! ¡De tó! ¡Habéis sío capaces de tó!... El, por quien hubiese yo perdío mi alma, y tú, un gusano al que recogí pa que fuera una mujer. (*Ana rompe a llorar convulsivamente.*) Lloro, que también lloro yo; sino que tus lágrimas son de hiel y las mías son de sangre. ¡Lloro pa mentir con los ojos después de haber mentío con la lengua, que ya no me engañarás! ¡Estás en la trampa! ¡Te han cogío en la trampa!

ANA.—(*Limpiándose los ojos, embravecida por la dignidad.*) ¿Quién? ¿Quién es el embustero malvao que lo dice?

JUAN.—¡Ya, ya te lo traeré pa que te aplaste con la verdá! ¡Y la verdá es que te vió cuando le abrazabas!

ANA.—¡Falso! ¡Es una calumnia!

JUAN.—Aquí mismo, en la casa donde nací, sobre estas losas que pisó mi madre, entre estas paredes cargás de ilusiones mías. (*Con un furor sollozante.*) Aquí mismo abrazabas a otro.

ANA.—(*Empavoreciéndose al adivinar de súbito lo que origina el dolor de su marido.*) ¿Qué es eso de a otro?... (*Retrocediendo.*) Pero... ¡es horrible!

JUAN.—¡Sí, horrible, horrible!

ANA.—¡Es horrible, porque habla usted como un enamorao!

JUAN.—(*Reponiéndose al recibir el golpe y defendiéndose con tremenda energía.*) ¡Enamorao de mi honra!

ANA.—¡De mí, de mí! ¡Y yo estaba tan ciega que no lo he visto! Se ha enamorado de mí... ¡y no se horroriza!

JUAN.—(*Descomponiéndose.*) ¡Me he enamorado de mi dignidá!

ANA.—(*Con desesperación.*) Tiene celos de su hijo... ¡y no se horroriza!

JUAN.—¡Tengo vergüenza, tengo decoro!

ANA.—(*Llorando.*) ¡Celos, celos de su hijo!

JUAN.—¡Calla! ¡No te levantes frente a mí como una víbora pa envenenarlo tó! ¡Calla!

ANA.—¡Celos, celos, celos!

JUAN.—(*Enloquecido.*) ¡Repítelo y te ahogo! ¡Mírame así y te ahogo! (*Eugenio, que entra por el arco de la izquierda, oye las últimas palabras de Juan, se aproxima instintivamente a la mujer como si fuera a defenderla.*)

EUG.—(*Terriblemente alterado.*) ¿Qué hace usted, padre? ¿Ha perdío usted el juicio?

JUAN.—(*Furioso como si se sintiera abofetado.*) ¿Qué ojos son esos?

EUG.—¡Padre! (*Furioso ante la amenaza.*)

JUAN.—¿La vas a defender? ¿Vas a defender a esa perdía?

EUG.—¡Padre! (*Amenazando sin querer.*)

JUAN.—(*Zamarreándole.*) ¡Delante de mí bajas los ojos si no quieres que te

los salte! ¡Pa mí no hay genio! (*Derribándole de un empujón.*) ¡A mí se me respeta! ¡Muévete y acabo contigo a taconazos!

EUG.—(*Con más dolor que ira.*) Sáteme los ojos, aplásteme... ¡pero no la ofenda! ¡No sea usted injusto, por Dios!

JUAN.—(*Ferozmente sarcástico.*) ¡Injusto! No te he arrancao a tiras el pellejo pa hacer correas y azotarla... ¡y soy injusto! Vives después de haberme amenazao, ¡y soy injusto!

EUG.—(*Con punzante melancolía.*) **Maltratame.** Mis manos ante usted siempre tendrán la misma fuerza que cuando me cogió al venir al mundo. Si las levántase contra usted en un momento de locura, me las quemaría.

ANA.—(*Sollozando.*) ¡Por mí, por mí!

EUG.—(*Arrodillado.*) Que se vaya, padre. Me da vergüenza. Aunque habré merecido que me afrente usted... ¡me da vergüenza!

ANA.—(*Corriendo hacia la puerta de la izquierda.*) ¡Por mí, por mí, por mí! (*Sale sollozando impetuosamente.*)

EUG.—(*Con lágrimas en la voz.*) Entiérreme usted, padre. Abrame aquí mismo la fosa, porque estoy muerto.

JUAN.—(*Levantándole enternecido, pero sin exteriorizar su enternecimiento.*) Palabras no te faltarán.

EUG.—(*Llorando magnamente.*) ¡Estoy muerto! ¡Ya no soy hombre!

JUAN.—(*Ahogándose de angustia.*) Y yo, ¿soy hombre?

EUG.—Usted ha sido pa mí padre, hermano, compañero... Y ahora de pronto...

JUAN.—¿Y tú qué has sido pa mí?... ¡Si cuando naciste creí que el mundo entero se acababa de estrenar! ¡Si aquel día salió el sol con más juventú y hasta hizo Dios el milagro de que los árboles, las hierbas, los arroyos, hablaron pa felicitar me! ¡Ahí va Juan, que ha tenido un hijo! ¡Enhorabuena, Juan! Y me quedé luego sin mujer, y ya no hubo pa mí más que al hijo. Trabajar pa el hijo, sacrificarse pa el hijo, ganar honra pa el hijo... (*Llorando.*) ¡Y es el hijo el que me deshonra!

EUG.—(*Con generosa indignación.*) ¡Pero si eso es una infamia! ¡Por la gloria de mi madre le juro que nos han estropeado!

JUAN.—¡Si te han sorprendido besándola!

EUG.—¡No es verdad! ¡Miente el que lo diga! ¡Mintió el que se lo ha contaó! ¡Póngame usted frente a él!

JUAN.—(*Volviendo a embravecerse.*) Y lo otro, lo del día que llegaste, ¿también es mentira? ¿No te escondió Ana? ¡Y no me dijiste que no la habías visto? ¡Niégalo, que no faltará quien lo pruebe!

EUG.—(*Comprendiendo de pronto en la red que le envuelve la obra de su enemigo.*) ¡Matías! ¡Se lo ha contaó Matías!... Y se lo habrá contaó a su modo; esto es, sin decirle que no me descubrió, sino que me presenté yo a él, lo que demuestra mi inocencia; sin decirle que entré aquí a escondías pa que usted no se asustara creyéndome en peligro, y sin decirle—y esto es lo principal—que le ocultamos a usted el habernos visto ¡porque él nos lo aconsejó!

JUAN.—(*Con una mezcla de duda, pavor y enternecimiento.*) ¿No me engañas?

EUG.—(*Trémulo de angustia y cólera.*) ¡Padre, padre, nos ha perdido! ¡Pa eso me perdonó! ¡Pa azuzarnos, pa encendernos la sangre, pa inutilizarnos!

JUAN.—(*Conteniendo las lágrimas.*) Y yo... ¡te he maltratao! (*Golpeándose furioso y dolorido contra el corazón.*) ¡Por eso!... ¡Porque le ayudó este!

EUG.—(*Llorando.*) ¡Nos ha perdido, padre!

JUAN.—(*Esperanzado.*) ¡Todavía no! (*Torvamente.*) ¡El sí que se ha perdido! (*Y va a correr en busca de Matías, cuando se oye una detonación, y Eugenio, des-pavorido, se precipita en la habitación de Ana.*)

EUG.—(*Gritando al salir.*) ¡Ana! ¡Ana!

JUAN.—(*Con una angustia infinita y tan trémulo que ni puede andar.*) ¡Qué ha sío!... ¡Qué ha sío!... ¡Di que no es Ana!... ¡Di que no es Ana! (*Entre Eugenio. Trae en brazos a Ana, que se ha herido mortalmente.*)

EUG.—(*En un tono desgarrador.*) ¡Se ha matao!... ¡Se ha matao!

JUAN.—(*Con una desesperación sobrehumana.*) ¡No, no, no, no! (*Matías, corriendo, entra por el arco de la izquierda.*)

MAT.—¿Qué pasa?

EUG.—(*En un loco alarido.*) ¡Ah, bandido! (*Empuñado una pistola sigue al hastial, que huye por donde entró, y segundos después suenan sus voces encendidas y unos disparos.*)

JUAN.—¡Ana! ¡Ana! ¡Ana!

ANA.—(*Moribunda.*) Por mí... Le odiaba usted por mí...

JUAN.—(*Clavándose las uñas en el pecho, sobre el corazón.*) ¡Por éste, que me ha embrujao! (*Apuñalándose con una furia insensata.*) ¡Por este!... ¡Por este!... ¡Por este!... (*Telón.*)

FIN DEL DRAMA

of 1750000000



Maroon Registrants

Buscarse en la etiqueta La Figura de la India (Marca Registrada.)

Produce misadripietas, esguapeo de raíces aromáticas
 único que sin trazar, en pocos días convierte a los cazas en co-
 lor primitivo. Usándose en su sazón nunca. Fortifica la raíz del
 cabellón evita su caída y le devuelve el negro perdido, puzo la
 cansa no la muere, otra causa que la falta de sinio juego, si
 al cual se debilita la raíz, haciéndole perder color y fuerza.
Procto 5 perezosa. De venta en todas las farmacias y dro-
 guerías. Por mayor: 1. BARRERA Muñoz Correo, 1.

LA NOVELA TEATRAL



Sombrero de eppa.-219. Con la musica a our-
te.-El. El afinador.-220. Perente.

RAMOS GARRIGÓN - VITAL AZA -
El señor Gobernador.- 119. Zaragneta.-183. Ro-
jo en despedaado.- 151. El padrón municipal
119 El oso muerto.-132. La cesación la plaza
calva.-118. El ray co rablo.

ZORCARRA 7 (Miguel).—44. La vieja-
cita.-59. Gigantes y cabezudos.-75. El
deseo de la Africana.-91. La Rabalera.-115. Los
monjes en el campo.-133. La Credencial.-151.
Los Hugonotes.-170. Entre parientes.-111. E
octavo, no mentir -303. Juegos malabares.-306.
Meterse o redondar.-367. La monja descalza.

ABRIGOS.—La sobrina del cura. — 1.

La casa de Quirós.-19. Las botellas.-20. Es-
loretas.-21. La señorita de Trevelez.-46. L-
gentuza.-67. La noche de Reyes.-282. La chita
del gato.-283. La heroica Villa.-285. Es mi hom-
bre.-288. La pobre niña.-289. Los caciques.-291
La hora mala.-302. ¡Que viene mi marido.-

ARMIGOS - GARCIA ALVAREZ

15. Alma de Dios. 12. El pobre Valtuena. 70. El terrible Pérez. 71. El conde de Goya. 72. El método Gracita. 73. El cuarteto Romp. 74. El papá. 124. El pollo. 125. El perro chico. 126. Gente menuda. 127. El Príncipe. 128. El

GARCIA ALVAREZ-MUNOZ SEGUA
 5. El verdugo de Sorzha.- 12. Pácar X
 34. La frescura de Leñante.- 51. El
 Bravo.- 58. Los cuatro Robinsones.- 64. Pat
 del doctor.

ELUZOZ 320A.-270. La plancha de la Ma-
quesa.-273. La verdad de la mentira. -275. Los
pergaminos. -276. La razón de la locura. -278.
La cartera del muerto. -280. El conde de
Mairena.-1418 La barba de Carrillo.-183. Faustina.-288. Los misterios de Laguardia. -291. El
último pecado.

SUNOZ SEGA-PEREZ FERNANDEZ
267. Pepe Conde o El mentir de las estrellas.
268. La fórmula 3 K3.-73. Trampa y cartón.-
López de Coria.-187. Los amigos del alma.-

Un drama de Calderón.-260. Martingalas. -
Trianeras.-255. El parque de Sevilla.

PASO - ABATI - 13. El 40 de ora. 42. E
gran tamaño. 118. La Divina Providencia.
21. Los Pinos de mesa.

PERSONAJES NOTABLES.—11. La Corte de Fernán.—12. La muerte zamorana.—13. Pedro Góngora.—14. La Generala.—15. Pepe Gato de.—16. El Hacedor de la Cruz.—17. El Rincón de la Torre.—18. El Gran Nacional.—19. Los dos dioses.—20. La Reina del Sol.—21. Los señores de los Dos Iros.—22. El País de las Hadas.—23. Cinematógrafo activo

Address: 300, Chokkikulam, 600 006, Chennai, India

1. Traje de blancos. - 2. El maluco. - 3. Los semidones. - 4. Las cacasías. - 5. El hombre que asina. - 6. El misterio del cuarto azul. - 7. El misterio. - 8. El misterio. - 9. El misterio. - 10. El misterio. - 11. El misterio. - 12. El misterio. - 13. El misterio. - 14. El misterio. - 15. El misterio. - 16. El misterio. - 17. El misterio. - 18. El misterio. - 19. El misterio. - 20. El misterio. - 21. El misterio. - 22. El misterio. - 23. El misterio. - 24. El misterio. - 25. El misterio. - 26. El misterio. - 27. El misterio. - 28. El misterio. - 29. El misterio. - 30. El misterio. - 31. El misterio. - 32. El misterio. - 33. El misterio. - 34. El misterio. - 35. El misterio. - 36. El misterio. - 37. El misterio. - 38. El misterio. - 39. El misterio. - 40. El misterio. - 41. El misterio. - 42. El misterio. - 43. El misterio. - 44. El misterio. - 45. El misterio. - 46. El misterio. - 47. El misterio. - 48. El misterio. - 49. El misterio. - 50. El misterio. - 51. El misterio. - 52. El misterio. - 53. El misterio. - 54. El misterio. - 55. El misterio. - 56. El misterio. - 57. El misterio. - 58. El misterio. - 59. El misterio. - 60. El misterio. - 61. El misterio. - 62. El misterio. - 63. El misterio. - 64. El misterio. - 65. El misterio. - 66. El misterio. - 67. El misterio. - 68. El misterio. - 69. El misterio. - 70. El misterio. - 71. El misterio. - 72. El misterio. - 73. El misterio. - 74. El misterio. - 75. El misterio. - 76. El misterio. - 77. El misterio. - 78. El misterio. - 79. El misterio. - 80. El misterio. - 81. El misterio. - 82. El misterio. - 83. El misterio. - 84. El misterio. - 85. El misterio. - 86. El misterio. - 87. El misterio. - 88. El misterio. - 89. El misterio. - 90. El misterio. - 91. El misterio. - 92. El misterio. - 93. El misterio. - 94. El misterio. - 95. El misterio. - 96. El misterio. - 97. El misterio. - 98. El misterio. - 99. El misterio. - 100. El misterio.

SARZUELAS

1. Casito la Samaritana. - 2. Serafina la Ruciana. - 3. La alegría de la huerta. - 4. La alegría de la huerta. - 5. La alegría de la huerta. - 6. La alegría de la huerta. - 7. La alegría de la huerta. - 8. La alegría de la huerta. - 9. La alegría de la huerta. - 10. La alegría de la huerta. - 11. La alegría de la huerta. - 12. La alegría de la huerta. - 13. La alegría de la huerta. - 14. La alegría de la huerta. - 15. La alegría de la huerta. - 16. La alegría de la huerta. - 17. La alegría de la huerta. - 18. La alegría de la huerta. - 19. La alegría de la huerta. - 20. La alegría de la huerta. - 21. La alegría de la huerta. - 22. La alegría de la huerta. - 23. La alegría de la huerta. - 24. La alegría de la huerta. - 25. La alegría de la huerta. - 26. La alegría de la huerta. - 27. La alegría de la huerta. - 28. La alegría de la huerta. - 29. La alegría de la huerta. - 30. La alegría de la huerta. - 31. La alegría de la huerta. - 32. La alegría de la huerta. - 33. La alegría de la huerta. - 34. La alegría de la huerta. - 35. La alegría de la huerta. - 36. La alegría de la huerta. - 37. La alegría de la huerta. - 38. La alegría de la huerta. - 39. La alegría de la huerta. - 40. La alegría de la huerta. - 41. La alegría de la huerta. - 42. La alegría de la huerta. - 43. La alegría de la huerta. - 44. La alegría de la huerta. - 45. La alegría de la huerta. - 46. La alegría de la huerta. - 47. La alegría de la huerta. - 48. La alegría de la huerta. - 49. La alegría de la huerta. - 50. La alegría de la huerta. - 51. La alegría de la huerta. - 52. La alegría de la huerta. - 53. La alegría de la huerta. - 54. La alegría de la huerta. - 55. La alegría de la huerta. - 56. La alegría de la huerta. - 57. La alegría de la huerta. - 58. La alegría de la huerta. - 59. La alegría de la huerta. - 60. La alegría de la huerta. - 61. La alegría de la huerta. - 62. La alegría de la huerta. - 63. La alegría de la huerta. - 64. La alegría de la huerta. - 65. La alegría de la huerta. - 66. La alegría de la huerta. - 67. La alegría de la huerta. - 68. La alegría de la huerta. - 69. La alegría de la huerta. - 70. La alegría de la huerta. - 71. La alegría de la huerta. - 72. La alegría de la huerta. - 73. La alegría de la huerta. - 74. La alegría de la huerta. - 75. La alegría de la huerta. - 76. La alegría de la huerta. - 77. La alegría de la huerta. - 78. La alegría de la huerta. - 79. La alegría de la huerta. - 80. La alegría de la huerta. - 81. La alegría de la huerta. - 82. La alegría de la huerta. - 83. La alegría de la huerta. - 84. La alegría de la huerta. - 85. La alegría de la huerta. - 86. La alegría de la huerta. - 87. La alegría de la huerta. - 88. La alegría de la huerta. - 89. La alegría de la huerta. - 90. La alegría de la huerta. - 91. La alegría de la huerta. - 92. La alegría de la huerta. - 93. La alegría de la huerta. - 94. La alegría de la huerta. - 95. La alegría de la huerta. - 96. La alegría de la huerta. - 97. La alegría de la huerta. - 98. La alegría de la huerta. - 99. La alegría de la huerta. - 100. La alegría de la huerta.

Número atrasado de 10 céntimos sobre el precio que marca el ejemplar.

(*) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA



REVISTA FRIVOLA

FLIRT es la única Revista galante, que por el prestigio de sus colaboradores artísticos y literarios, merece ser leída en España.

Para la correspondencia a PRENSA POPULAR, Madrid, Calvo Asensio, 3.-Apartado 8.007

SUSCRIPCION: MADRID, PROVINCIAS Y AMÉRICA, SEMESTRE, 8 PESETAS.-AÑO, 15 PESETAS

SE PUBLICA LOS JUEVES